

El presidente Barack
OBAMA
en sus propias
PALABRAS



El presidente Barack
OBAMA
en sus propias
PALABRAS

Cuando Barack Obama anunció su candidatura a la presidencia de Estados Unidos, en febrero de 2007, citó al decimosexto presidente del país. Abraham Lincoln, recordó Obama, "nos dice que las palabras tienen poder". En los dos años siguientes, Obama demostró la veracidad de la opinión de Lincoln. Cuando habló ante multitudes reunidas en sitios tan diversos como el lugar donde vivió Lincoln, Springfield, Illinois, y la ciudad de Berlín, Alemania, el joven senador fue comparado con Ronald Reagan, John F. Kennedy y otros grandes estadounidenses que con sus palabras ganaron el respeto, el afecto y la lealtad de sus compatriotas.

En las siguientes páginas ofrecemos a nuestros lectores de todo el mundo las palabras del presidente Obama. Este libro contiene el texto completo del discurso de toma de posesión del cuadragésimo cuarto presidente. También se presentan fragmentos extensos de otros ocho importantes discursos de sus campañas por la candidatura y por la presidencia. Esperamos que, aun cuando el libro mismo es pequeño, los lectores descubran que la visión captada en sus páginas es grande.

Contenido

Texto completo

La reconstrucción de Estados Unidos

El discurso de toma de posesión, 20 de enero de 2009 3

Fragmentos extensos

El cambio ha llegado a Estados Unidos

Comentarios en la noche de la elección,
4 de noviembre de 2008 17

Un mundo que sepa estar unido

Comentarios en Berlín, Alemania, el 24 de julio de 2008 23

Una nueva estrategia para un mundo nuevo

Reconstruyamos nuestras alianzas, 15 de julio de 2008 33

La nación estadounidense que amamos

Independence, Missouri, 30 de junio de 2008 51

Una unión más perfecta

Filadelfia, Pensilvania, 18 de marzo de 2008 63

Anuncio de su candidatura a la presidencia

Springfield, Illinois, 10 de febrero de 2007 74

Discurso en la Convención Nacional Demócrata de 2004

27 de julio de 2004 85

Comentarios contra la opción de hacer la guerra en Irak

2 de octubre de 2002 93



El presidente Barack Obama pronuncia su discurso de toma de posesión en el Capitolio de la nación, en Washington, DC, el 20 de enero de 2009.

La reconstrucción de Estados Unidos

*Texto completo del discurso de toma de posesión
Washington, DC, 20 de enero de 2009*

Compatriotas: Hoy me presento aquí con humildad ante la tarea que nos espera, agradecido por la confianza que ustedes me otorgaron, consciente de los sacrificios que nuestros antepasados prodigaron. Agradezco al presidente Bush su servicio a nuestra nación, así como la generosidad y la colaboración que ha demostrado en esta transición.

Ya son 44 los estadounidenses que han presentado el juramento presidencial. Esas palabras han sido pronunciadas en las mareas ascendentes de la prosperidad y en las aguas tranquilas de la paz. Sin embargo, a veces el juramento se hace en medio de nubarrones amenazantes y furiosas tormentas. En estos momentos, Estados Unidos se ha mantenido no sólo por la pericia o la visión de sus altas autoridades, sino porque nosotros, el pueblo, hemos permanecido fieles a los ideales de nuestros antepasados y leales a

nuestros documentos fundacionales. Así ha sido y así debe ser en esta generación de estadounidenses.

Que estamos en medio de una crisis es hoy un hecho reconocido. Nuestra nación está en guerra contra una vasta red de violencia y de odio. Nuestra economía está muy debilitada a consecuencia de la codicia y la irresponsabilidad de algunos, pero también por nuestra incapacidad colectiva de tomar decisiones difíciles y de preparar a la nación para una nueva era. Se han perdido viviendas, se han suprimido empleos y se han cerrado empresas. Nuestro sistema de salud es demasiado caro; nuestras escuelas les han fallado a muchos; y cada día aporta nuevas pruebas de que la forma en que usamos la energía fortalece a nuestros adversarios y amenaza nuestro planeta.

Éstos son los indicadores de una crisis, mostrados en datos y estadísticas. Otro menos tangible, pero no menos profundo, es la pérdida de confianza en todo nuestro país: un temor persistente a que la decadencia de Estados Unidos sea inevitable y a que la siguiente generación tenga que reducir sus expectativas. Hoy afirmo ante ustedes que los desafíos a los que nos enfrentamos son reales; son graves y son muchos. No los podremos resolver con facilidad ni en poco tiempo. Pero Estados Unidos puede estar seguro de que les haremos frente.

Hoy nos reunimos aquí porque hemos preferido la esperanza en lugar del temor, la unidad de propósito en vez del conflicto y la discordia. Hoy hemos venido a proclamar el fin de las lamentaciones mezquinas y las falsas promesas, las recriminaciones y los dogmas caducos que durante demasiado tiempo han

estrangulado nuestra política. Seguimos siendo una nación joven, pero, según las palabras de las Escrituras, ha llegado el momento de dejar a un lado las niñerías. Ha llegado el momento de reafirmar nuestro espíritu de entereza, de elegir lo mejor de nuestra historia, de preservar ese preciado don, esa noble idea que ha pasado de generación en generación: la promesa divina de que todos somos iguales, todos somos libres y todos merecemos la oportunidad de alcanzar plenamente la felicidad.

Al reafirmar la grandeza de nuestra nación, estamos conscientes de que la grandeza nunca es gratuita: hay que ganarla. En nuestra jornada nunca hemos buscado atajos ni nos hemos conformado con metas menores. No ha sido una jornada de pusilánimes, de los que prefieren el ocio al trabajo o que sólo buscan los placeres de la riqueza y de la fama. Han sido más bien los que se arriesgan, los creadores, los que hacen cosas —algunos de ellos reconocidos, pero más a menudo hombres y mujeres que realizan una labor callada—, ellos son los que nos han conducido por el largo y escarpado camino de la prosperidad y la libertad.

Por nosotros empacaron sus escasas posesiones materiales y viajaron a través de los océanos en busca de una nueva vida.

Por nosotros se afanaron en centros de explotación y colonizaron el Oeste; soportaron el látigo y labraron la dura tierra. Por nosotros lucharon y murieron en lugares como Concord y Gettysburg, Normandía y Khe Sanh.

Una y otra vez esos hombres y mujeres lucharon, se sacrificaron y trabajaron hasta sangrarse las manos para que nosotros

pudiéramos tener una vida mejor. Ellos vieron que Estados Unidos es más grande que la suma de nuestras ambiciones individuales, más grande que todas las diferencias de origen, riqueza o preferencias.

Esa es la jornada que hoy continuaremos. Seguimos siendo la nación más próspera y poderosa de la Tierra. Nuestros trabajadores no se han vuelto menos productivos que cuando esta crisis comenzó. Nuestras mentes no son menos inventivas, nuestros bienes y servicios no son menos necesarios que la semana pasada, el mes pasado o el año pasado. Nuestra capacidad no se ha mermado. Pero la época del inmovilismo, de la protección de intereses estrechos y de aplazar las decisiones desagradables, sin duda alguna ya pasó. A partir de hoy, debemos levantarnos, sacudirnos el polvo y empezar de nuevo la tarea de reconstruir a Estados Unidos.

Porque en cualquier lugar donde miremos hay trabajo por realizar. La situación de la economía requiere una acción rápida y audaz, y no sólo actuaremos para crear nuevos empleos, sino para construir nuevos cimientos para el crecimiento. Construiremos las carreteras y los puentes, las redes eléctricas y las líneas digitales que alimentan nuestro comercio y nos mantienen comunicados unos con otros. Volveremos a colocar a la ciencia en el sitio que le corresponde y aprovecharemos las maravillas de la tecnología para elevar la calidad de nuestros servicios de salud y reducir sus costos. Usaremos el sol, el viento y la tierra para impulsar nuestros automóviles y operar nuestras fábricas. Y transformaremos nuestras escuelas y universidades para satisfacer las demandas de una nueva era. Todo eso lo podemos hacer. Y todo eso lo haremos.



El presidente Barack Obama expone una idea en su discurso de toma de posesión.

Algunos ponen en duda el alcance de nuestras ambiciones y alegan que nuestro sistema no puede tolerar demasiados planes de gran magnitud. Su memoria es escasa porque han olvidado lo que este país ha hecho ya; lo que hombres y mujeres libres pueden llevar a cabo cuando la imaginación se une al interés común y la necesidad se une a la valentía.

Lo que los escépticos no entienden es que el terreno que pisan ha cambiado y que los argumentos políticos viciados que nos han consumido por tanto tiempo ya no son operantes. La pregunta que nos hacemos hoy no es si nuestro gobierno es demasiado grande o demasiado pequeño, sino si funciona, si ayuda a las familias a encontrar empleos con un sueldo decente, atención médica que puedan pagar y una jubilación digna. Siempre que la respuesta sea sí, trataremos de avanzar. Cuando la respuesta sea no, los programas terminarán. Y a los que administramos el dinero del público se nos pedirán cuentas para que gastemos con prudencia, cambiemos los malos hábitos y hagamos nuestro trabajo a la luz del día, porque sólo así podremos restablecer esa confianza que es tan vital entre un pueblo y su gobierno.

La pregunta que se plantea ante nosotros tampoco es si el mercado es una fuerza para el bien o para el mal. Su poder para generar riqueza y ampliar la libertad no tiene igual, pero esta crisis nos ha recordado que si no lo vigilamos, el mercado puede quedar fuera de control y que ninguna nación puede prosperar por mucho tiempo si favorece únicamente a los ricos. El éxito de nuestra economía ha dependido siempre no sólo de la magnitud de nuestro producto interno bruto, sino del alcance de nuestra prosperidad, de la posibilidad de ofrecer oportunidades a todos

los que lo deseen, pero no por caridad sino porque es la forma más segura de lograr el bien común.

En lo que se refiere a nuestra defensa colectiva, rechazamos como una falsedad la idea de que debemos elegir entre nuestra seguridad y nuestros ideales. Los Padres Fundadores ... los fundadores de nuestra patria, al verse confrontados con peligros que apenas podemos imaginar, redactaron un documento para garantizar el imperio de la ley y los derechos humanos, un documento cuya expansión ha requerido la sangre de varias generaciones. Esos ideales aún hoy iluminan al mundo y no vamos a renunciar a ellos por intereses personales. Así pues, que todos los demás pueblos y gobiernos que ahora nos observan, desde las más grandes capitales hasta la pequeña aldea donde nació mi padre, sepan que Estados Unidos es amigo de todas las naciones y de todos los hombres, mujeres y niños que anhelan un futuro de paz y dignidad, y que estamos dispuestos a asumir el liderazgo una vez más.

Recordemos que otras generaciones anteriores se enfrentaron al fascismo y al comunismo no sólo con misiles y tanques, sino con alianzas sólidas y convicciones firmes. Ellos comprendieron que, por sí mismo, nuestro poder no nos puede proteger ni nos da derecho de hacer lo que nos plazca. Y sabían bien que nuestro poder crece cuando es utilizado con prudencia y que la seguridad dimana de la justicia de nuestra causa, de la fuerza de nuestro ejemplo y de la humildad y la moderación, esas cualidades que nacen de la templanza.

Somos los guardianes de este patrimonio. Guiados una vez más por esos principios, podremos hacer frente a las nuevas amenazas

“A los que se aferran al poder por medio de la corrupción y el engaño, y reprimiendo a la disidencia: Sepan ustedes que se han colocado en el lado equivocado de la historia, pero que les extenderemos la mano si están dispuestos a abrir el puño”.

que exigen un mayor esfuerzo e incluso más cooperación y entendimiento entre las naciones. Con la responsabilidad debida empezaremos a dejar Irak en manos de su pueblo y a forjar una paz difícilmente ganada en Afganistán. Trabajaremos sin descanso con viejos amigos y ex enemigos para reducir la amenaza nuclear y ahuyentar el fantasma de un planeta en proceso de calentamiento. No nos vamos a disculpar por nuestro estilo de vida ni vacilaremos en su defensa, y a los que pretenden lograr sus fines sembrando el terror y asesinando inocentes les decimos desde ahora que nuestro espíritu es más fuerte y no lo podrán quebrantar: ustedes no prevalecerán sobre nosotros y nosotros los venceremos.

Porque sabemos que nuestra herencia multiétnica nos da más fortaleza, no nos debilita. Somos una nación de cristianos y musulmanes, de judíos e hindúes y de no creyentes. Estamos formados por todas las lenguas y culturas que vienen de todos los rincones de esta Tierra. Y como ya hemos probado el trago amargo de la guerra civil y la segregación, y después de aquel negro capítulo resurgimos más fuertes y más unidos, es imposible que no creamos que los antiguos odios se desvanecerán un día; que las líneas divisorias entre tribus pronto se disolverán; que a medida que el mundo se empequeñece, nuestra humanidad común se pondrá de relieve; y que Estados Unidos debe desempeñar el papel que le corresponde en el advenimiento de una nueva época de paz.

Digo al mundo musulmán: Buscaremos un nuevo camino de entendimiento basado en el interés mutuo y el respeto recíproco. A los líderes que en distintas partes del mundo pretenden sembrar el conflicto o culpar a Occidente de los males de sus sociedades: Sepan que sus pueblos los juzgarán por lo que logren construir,

no por lo que destruyan. Y a los que se aferran al poder por medio de la corrupción y el engaño, y reprimiendo a la disidencia: Sepan ustedes que se han colocado en el lado equivocado de la historia, pero que les extenderemos la mano si están dispuestos a abrir el puño.

A la gente de las naciones pobres: Nos comprometemos a colaborar con ustedes para que sus granjas florezcan y sus torrentes de agua estén limpios; para alimentar a los cuerpos desnutridos y satisfacer a las mentes hambrientas. Y a las naciones que, como la nuestra, disfrutan de relativa abundancia, les decimos que no podemos permitir ya la indiferencia hacia las personas que sufren más allá de nuestras fronteras ni podemos consumir los recursos del mundo sin tomar en cuenta las consecuencias. Porque el mundo ha cambiado y nosotros debemos cambiar con él.

Al contemplar el camino que se abre ante nosotros, recordamos con humilde gratitud a los estadounidenses valientes que en este mismo momento patrullan desiertos lejanos y montañas distantes. Ellos tienen algo que decirnos, al igual que los héroes caídos que yacen en Arlington y susurran a través de los tiempos. Les rendimos homenaje no sólo porque son los guardianes de nuestra libertad, sino también porque encarnan el espíritu de servicio, la voluntad de hallar el significado en algo más grande que ellos mismos. Y en verdad, en este momento, un momento que definirá a una generación, ese espíritu es precisamente el que nos debe inspirar a todos.

Por mucho que el gobierno pueda y deba hacer, esta nación depende en última instancia de la fe y la decisión del pueblo

estadounidense. Lo que nos permite superar nuestros momentos más oscuros es la bondad de acoger a un extraño cuando los diques se rompen, la abnegación de los trabajadores que prefieren reducir sus horas de trabajo para evitar que un compañero pierda su empleo. Lo que a fin de cuentas decide nuestro destino es el valor del bombero que trepa por una escalera en medio del humo, y también la voluntad de un padre de velar por su hijo.

Tal vez nuestros desafíos sean nuevos. Y quizá los instrumentos con los que les hagamos frente también sean nuevos. Pero los valores de los que depende nuestro éxito —la honradez y el trabajo intenso, la valentía y el juego limpio, la tolerancia y la curiosidad, la lealtad y el patriotismo— esos son muy antiguos. Y también son verdaderos; son la fuerza silenciosa que ha impulsado nuestro progreso a lo largo de la historia. Por eso lo que se necesita es un retorno a esas verdades. Lo que se nos pide ahora es una nueva era de responsabilidad. Se espera que todos los estadounidenses reconozcamos que tenemos deberes para con nosotros mismos, con nuestra nación y con el mundo, deberes que no aceptamos a regañadientes sino con alegría, firmes en el conocimiento de que nada es tan satisfactorio para el espíritu, tan representativo de nuestro carácter, como el hecho de entregarlo todo a una tarea difícil.

Ese es el precio y la promesa de la ciudadanía. Esa es la fuente de nuestra confianza: el conocimiento de que Dios nos llama para que demos forma a un futuro incierto. Ese es el significado de nuestra libertad y de nuestro credo; la razón por la cual hombres, mujeres y niños de todas las razas y de todas las religiones se pueden unir en una celebración a lo largo y ancho de esta magnífica explanada, y

la razón por la cual el hijo de un hombre a quien tal vez le habrían negado el servicio en un restaurante local hace menos de 60 años, está hoy frente a ustedes para prestar el juramento más sagrado. Así pues, señalemos este día haciendo memoria de quiénes somos y del largo camino que hemos recorrido. Allá en el año del nacimiento de los Estados Unidos, durante los meses más fríos, un puñado de patriotas se apiñaba en torno de manguantes fogatas a la orilla de un río helado. La capital había sido abandonada. El enemigo avanzaba. La nieve estaba manchada de sangre. En el momento en que el resultado de nuestra revolución era más incierto, el Padre de nuestra nación ordenó que se leyeran al pueblo estas palabras:

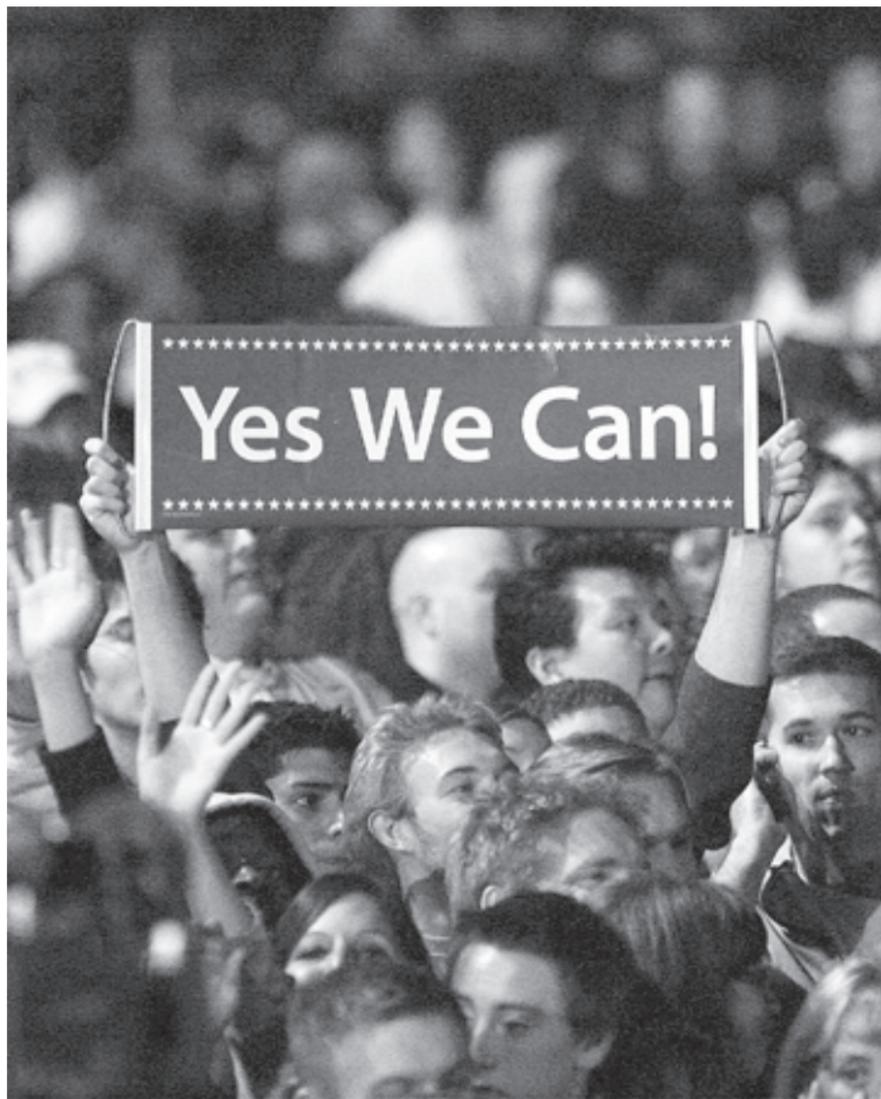
“Que se anuncie al mundo del futuro ... que en lo más crudo del invierno, cuando sólo la esperanza y la virtud podían sobrevivir ... la ciudad y el país, alarmados ante un peligro común, avanzaron para hacerle frente”.

Estados Unidos: delante de nuestros peligros comunes, en este invierno de nuestras dificultades, recordemos aquellas palabras eternas. Con esperanza y virtud, sorteemos de nuevo las corrientes heladas y soportemos las tormentas que puedan sobrevenir. Que los hijos de nuestros hijos digan que cuando nosotros fuimos puestos a prueba nos negamos a dar por concluida esta jornada; que no dimos media vuelta ni vacilamos; y que con la mirada fija en el horizonte y amparados por la gracia de Dios, llevamos a costas el gran regalo de la libertad y lo entregamos a salvo a las generaciones venideras.

Gracias. Que Dios los bendiga y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América.



Grandes multitudes llenan la Explanada Nacional en Washington, DC, para escuchar el discurso de toma de posesión del presidente Barack Obama el 20 de enero de 2009.



En el mitin de la victoria de Obama en Chicago, un partidario exhibe un letrero con la leyenda: "¡Sí podemos!".

El cambio ha llegado a Estados Unidos

*Comentarios en la noche de la elección
Chicago, Illinois, 4 de noviembre de 2008*

Si todavía alguien duda que Estados Unidos es un lugar donde todo es posible, si alguien todavía se pregunta si el sueño de nuestros Padres Fundadores sigue vivo en nuestros tiempos, si hay quien todavía cuestione el poder de nuestra democracia, esta noche es su respuesta.

Es la respuesta que han dado las colas de personas que se formaron alrededor de escuelas e iglesias con una abundancia nunca antes vista en esta nación; los que esperaron tres o cuatro horas, muchos de ellos por primera vez en su vida, porque creyeron que en esta ocasión las cosas tenían que ser distintas y que sus voces podían provocar ese cambio.

Es la respuesta que han dado los jóvenes y viejos, ricos y pobres, demócratas y republicanos, negros, blancos, hispanos, asiáticos,

estadounidenses nativos, homosexuales, heterosexuales, discapacitados y no discapacitados, que transmitieron al mundo el mensaje de que nunca hemos sido una colección de estados rojos y estados azules: Somos y siempre seremos los Estados Unidos de América.

Es la respuesta de aquellos a quienes tantas personas han aconsejado por tanto tiempo que sean escépticos y temerosos, inseguros de lo que podemos lograr, pero que ahora toman en sus manos el arco de la historia y lo orientan una vez más hacia la esperanza de un mejor mañana.

La espera ha sido larga, pero esta noche, gracias a lo que hicimos en este tiempo, en esta elección, en este momento decisivo, el cambio ha llegado a los Estados Unidos.

...

Nunca se pensó que yo fuera el aspirante con más probabilidades de ganar este cargo. No comenzamos con mucho dinero ni con mucha promoción. Nuestra campaña no fue planeada en los pasillos de Washington. Se inició en los patios traseros de Des Moines, en las salas de las casas de Concord y en los cobertizos de Charleston.

Fue desarrollada por los trabajadores y las trabajadoras que echaron mano de sus escasos ahorros y donaron a la causa cinco, diez o veinte dólares. Cobró fuerza gracias a los jóvenes que rechazaron el mito de la supuesta apatía de su generación, que se alejaron de sus casas y sus familias para llevar a cabo tareas de campaña que les ofrecían salarios modestos y pocas horas de

sueño; a la gente no tan joven que desafió el frío inclemente y el calor abrasador para llamar a las puertas de desconocidos; a los millones de estadounidenses que se ofrecieron voluntariamente a colaborar y demostraron que, al cabo de más de dos siglos, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no se ha desvanecido de la faz de la Tierra. Esta es su victoria.

...

El camino que nos aguarda es largo. La cuesta es escarpada. Tal vez no la escalemos en un año ni en un periodo presidencial, pero escucha Estados Unidos: Nunca me he sentido más esperanzado que esta noche de que lo lograremos. Les prometo que nosotros, como pueblo, lo lograremos.

Tendremos reveses y salidas en falso. Muchos no estarán de acuerdo con todas las decisiones o todas las medidas que tome como presidente, y sé que el gobierno no puede resolver todos los problemas. Pero siempre seré sincero con ustedes sobre los retos que enfrentemos. Escucharé sus palabras, en particular cuando no estemos de acuerdo. Y, sobre todo, les pediré que participen en la labor de reconstruir esta nación de la única forma en que se ha hecho en Estados Unidos durante 221 años: cuadra por cuadra, ladrillo por ladrillo, uniendo siempre nuestras manos encallecidas.

...

Y a los estadounidenses cuyo respaldo no he logrado atraer aún, les digo que tal vez no he ganado sus votos, pero escucho sus voces, necesito su ayuda y también de ustedes seré presidente.

Y a todos aquellos que nos ven esta noche desde más allá de nuestras costas, ya sea en parlamentos y palacios o tal vez reunidos en torno de un aparato de radio en los rincones olvidados del mundo: Nuestras historias son diferentes, pero compartimos el mismo destino y un nuevo amanecer del liderazgo estadounidense se aproxima. A aquellos que querrían destruir al mundo: Los vamos a vencer. A los que buscan la paz y la seguridad: Los apoyaremos. Y a todos aquellos que se preguntan si el faro de Estados Unidos aún despide luz brillante: Esta noche hemos demostrado una vez más que la verdadera fuerza de nuestra nación no proviene del poderío de nuestras armas ni de la magnitud de nuestra riqueza, sino del poder perdurable de nuestros ideales: la democracia, la libertad, la oportunidad y la esperanza inquebrantable.

Esa es la verdadera genialidad de Estados Unidos: que es un país capaz de cambiar. Nuestra unión se puede perfeccionar. Y lo que ya hemos logrado nos da esperanza con respecto a lo que podemos y debemos lograr mañana.

...

Este es nuestro momento. Es la hora oportuna para dar empleo una vez más a nuestro pueblo y abrir las puertas de la oportunidad a nuestros niños; para restaurar la prosperidad y fomentar la causa de la paz; para recuperar el sueño estadounidense y reafirmar la verdad fundamental de que en la pluralidad somos uno, que mientras respiremos tendremos esperanza y que cuando nos enfrentemos con el escepticismo y la duda y con los que dicen que no lo podemos lograr, les responderemos con ese credo intemporal que resume el espíritu de un pueblo: Sí podemos.

“Esta noche hemos demostrado una vez más que la verdadera fuerza de nuestra nación no proviene del poderío de nuestras armas ni de la magnitud de nuestra riqueza, sino del poder perdurable de nuestros ideales: la democracia, la libertad, la oportunidad y la esperanza inquebrantable”.



Los berlineses saludan a Barack Obama al final de su discurso el 24 de julio de 2008.

Un mundo que sepa estar unido

*Análisis de las responsabilidades de la ciudadanía global
Berlín, Alemania, 24 de julio de 2008*

iPueblos del mundo, vean a Berlín! Vean a Berlín, donde los alemanes y los estadounidenses aprendieron a trabajar juntos y a confiar los unos en los otros, tan sólo tres años después de haberse enfrentado en el campo de batalla.

Vean a Berlín, donde la determinación de un pueblo se alió a la generosidad del Plan Marshall para crear un milagro alemán; donde la victoria sobre la tiranía dio lugar a la OTAN, la mayor alianza que se ha formado para defender nuestra seguridad colectiva.

Vean a Berlín, donde las huellas que las balas dejaron en los edificios y en las piedras y columnas sombrías cerca de la Puerta

de Brandeburgo nos repiten que nunca debemos olvidar la esencia humana que todos compartimos.

Pueblos del mundo, miren a Berlín, donde un muro fue derribado, un continente se unió y la historia demostró que ningún desafío es demasiado grande para un mundo que está unido.

Sesenta años después del puente aéreo, hoy se nos convoca otra vez. La historia nos ha conducido a una nueva encrucijada con nuevas promesas y nuevos peligros.

La caída del Muro de Berlín trajo una nueva esperanza, pero la cercanía así obtenida ha dado lugar a nuevos peligros, peligros que no es posible confinar dentro de las fronteras de un país o alejar por la distancia que implica un océano.

...

En este nuevo mundo, esas tendencias peligrosas se infiltran más de prisa que nuestros esfuerzos para contenerlas. Por eso no nos podemos dar el lujo de estar divididos. Ninguna nación, por muy grande o poderosa que sea, puede vencer tales desafíos por sí sola. Ninguno de nosotros puede negar estas amenazas ni eludir la responsabilidad de enfrentarse a ellas. Sin embargo, sin la presencia de los tanques soviéticos y del terrible muro, es muy fácil que olvidemos esta verdad. Y si somos sinceros unos con otros, todos sabemos que a veces, en ambas orillas del Atlántico, nos hemos dividido y hemos olvidado el destino que compartimos.

En Europa se ha vuelto muy común la opinión de que Estados Unidos forma parte de lo que se ha torcido en nuestro mundo, en lugar de ser una fuerza que ayude a repararlo. En Estados Unidos hay gente que se mofa y niega la importancia del papel de Europa como un elemento de nuestra seguridad y de nuestro futuro. Ambas opiniones se alejan de la verdad y desconocen que los europeos tienen hoy nuevas cargas y han asumido más responsabilidad en regiones importantes del mundo y, por otra parte, que así como las bases estadounidenses construidas en el último siglo siguen ayudando a defender la seguridad de este continente, nuestro país continúa haciendo grandes sacrificios a favor de la libertad en todo el mundo.

Sí, ha habido diferencias entre Estados Unidos y Europa. Y no hay duda de que las habrá también en el futuro. Pero las cargas que la ciudadanía global implica nos unen cada vez más. Un cambio de liderazgo en Washington no nos aliviará de esas cargas. En este nuevo siglo, será preciso que estadounidenses y europeos hagan más, no menos. La asociación y la cooperación entre naciones no es algo optativo; es el único camino, el único camino para proteger nuestra seguridad colectiva y favorecer nuestra humanidad común.

Por eso el mayor de todos los peligros es que permitamos la creación de nuevos muros que nos dividan a unos de otros.

Los muros que separan a antiguos aliados en ambas orillas del Atlántico no se pueden mantener. Los muros entre los países que lo tienen todo y los que menos tienen no se pueden mantener. Los muros entre razas y tribus, nativos e inmigrantes, cristianos y

musulmanes y judíos no se pueden mantener. Esos son los muros que ahora debemos derribar.

...

La historia nos recuerda que los muros pueden ser derribados. Pero la tarea nunca es fácil. Para lograr una auténtica colaboración y un verdadero progreso se requiere un trabajo constante y un sacrificio sostenido. Se requiere compartir las cargas del desarrollo y de la diplomacia, del progreso y de la paz. Se requiere que los aliados se escuchen entre sí, que aprendan unos de otros y, lo más importante, que confíen los unos en los otros.

Por eso Estados Unidos no se puede retraer en su propio interior. Por eso Europa tampoco puede hacerlo. Estados Unidos no tiene mejor socio que Europa. Este es el momento para construir nuevos puentes a través del mundo, tan resistentes como el que nos unió a través del Atlántico. Ahora es el momento de unirnos para encarar los desafíos del siglo XXI por medio de una cooperación constante, un sacrificio compartido y un compromiso mundial a favor del progreso. Y este es el momento en que nuestras naciones —y todas las naciones— tienen que apelar una vez más a ese espíritu.

Este es el momento en que debemos vencer al terror y desecar el pozo del extremismo que lo sustenta. Esta amenaza es real y no podemos eludir nuestra responsabilidad de combatirla. Si pudimos crear la OTAN para enfrentarnos a la Unión Soviética, nos podremos unir en una nueva asociación mundial para dismantelar las redes que lanzaron ataques en Madrid y en Ammán, en Londres y en Bali, en Washington y en Nueva York. Si pudimos ganar una batalla de ideas contra los comunistas, podremos estar al lado de

“Los muros que separan a antiguos aliados en ambas orillas del Atlántico no se pueden mantener ... Los muros entre razas y tribus, nativos e inmigrantes, cristianos y musulmanes y judíos no se pueden mantener. Esos son los muros que ahora debemos derribar...”

la gran mayoría de los musulmanes para rechazar el extremismo que lleva al odio y no a la esperanza. Este es el momento en que debemos renovar nuestra resolución de vencer a los terroristas que amenazan nuestra seguridad en Afganistán y a los traficantes que venden drogas en nuestras calles. Nadie quiere la guerra. Reconozco las enormes dificultades que hay en Afganistán. Pero mi país y el de ustedes tienen su interés cifrado en lograr que la misión de la OTAN más allá de las fronteras de Europa sea un éxito. Por el pueblo de Afganistán y por nuestra seguridad compartida, tenemos que llevar a cabo la tarea. Pero Estados Unidos no la puede realizar solo. El pueblo afgano necesita nuestras tropas y las de ustedes, nuestro apoyo y el de ustedes para vencer a los talibanes y a al Qaeda, para desarrollar su economía y para la reconstrucción de su país. Tenemos demasiado en juego y no les podemos dar la espalda ahora.

Este es el momento en que debemos renovar la meta de tener un mundo sin armas nucleares. Es el momento de asegurar todo el material nuclear disperso, de contener la propagación de las armas nucleares y de reducir los arsenales de otras épocas anteriores. Este es el momento de empezar a trabajar en busca de la paz de un mundo sin armas nucleares.

Este es el momento en que cada una de las naciones de Europa debe tener oportunidad de elegir su propio futuro, libre de las sombras del pasado. En este siglo necesitamos una Unión Europea fuerte que acreciente la seguridad y la prosperidad de este continente, pero que tienda también la mano más allá de sus fronteras. En este siglo, y en esta ciudad entre todas las ciudades, debemos rechazar la antigua mentalidad de la Guerra Fría y estar

dispuestos a trabajar con Rusia siempre que sea posible, a defender nuestros valores cuando tengamos que hacerlo y a buscar una colaboración que abarque este continente en su totalidad. Este es el momento en que debemos construir con la riqueza que los mercados abiertos han creado y compartir sus beneficios con más equidad. El comercio ha sido una piedra angular de nuestro crecimiento y nuestro desarrollo global. Pero no podremos sostener este crecimiento si sólo favorece a unos cuantos y no a las mayorías. Debemos forjar juntos un comercio que recompense realmente el trabajo creador de riqueza, con salvaguardias efectivas para nuestros pueblos y nuestro planeta. Este es el momento de tener un comercio que sea libre y justo para todos.

Este es el momento en que debemos ayudar a responder el llamado del Oriente Medio que ansía un nuevo amanecer. Mi país debe unirse al de ustedes y a toda Europa para enviar un mensaje directo a Irán, conminándolo a que renuncie a sus ambiciones nucleares. Tenemos que apoyar a los libaneses que han organizado marchas y han sufrido en pos de la democracia, y también a los israelíes y los palestinos que desean una paz segura y duradera. Y a pesar de las diferencias del pasado, este es el momento en que el mundo debe apoyar a los millones de iraquíes que intentan reconstruir sus vidas, al tiempo que transferimos la responsabilidad al gobierno iraquí y al fin damos por concluida esta guerra.

Este es el momento en que debemos estar unidos para salvar el planeta. Tomemos la resolución de que no dejaremos a nuestros hijos un mundo donde los océanos suben, el hambre se propaga y terribles tormentas destruyen nuestras tierras. Hagámonos el propósito de que todas las naciones —incluso la mía— actuarán

con la misma seriedad de propósito que lo ha hecho la de ustedes, para reducir las emisiones de carbono que lanzamos a nuestra atmósfera. Este es el momento de devolver a nuestros hijos su futuro. Ahora es el momento de estar unidos.

...

Pueblo de Berlín —y pueblos del mundo—, la magnitud de nuestro desafío es grande. El camino que nos aguarda será largo. Pero me presento ante ustedes para decir que somos herederos de una lucha por la libertad. Somos un pueblo que se aferra a la esperanza improbable. Sin perder de vista el futuro y con resolución en nuestros corazones, recordemos esta historia, sepamos responder a nuestro destino y reconstruyamos el mundo una vez más.



Barack Obama habla en Berlín, Alemania, el 24 de julio de 2008.



Ceremonia de transferencia del gobierno en Hilla, Irak, el 23 de octubre de 2008.

Una nueva estrategia para un mundo nuevo

*La reconstrucción de nuestras alianzas, Washington, DC,
15 de julio de 2008*

Hace 61 años, George Marshall anunció el plan que habría de llevar su nombre. Gran parte de Europa estaba en ruinas. Estados Unidos se enfrentaba a un poderoso enemigo ideológico que pretendía dominar al mundo. Esta amenaza se agigantaba a causa de la recién descubierta capacidad de destruir la vida a una escala inimaginable. La Unión Soviética no tenía todavía la bomba atómica, pero no tardaría mucho en tenerla.

El desafío que encaraba la más grandiosa generación de estadounidenses —la generación que había vencido al fascismo en el campo de batalla— era hallar la forma de contener esa amenaza y ampliar las fronteras de la libertad. Dirigentes como Truman y Acheson, Kennan y Marshall, sabían que la libertad no se lograría con un solo golpe decisivo. Necesitábamos una nueva estrategia

de alcance total para enfrentar los retos de un mundo nuevo y peligroso.

En esa estrategia se tenían que amalgamar un abrumador poderío militar y un juicio sensato. La situación se habría de configurar no sólo por medio de la fuerza militar, sino con la fuerza de nuestras ideas, con poder económico, inteligencia y diplomacia. Era preciso apoyar a aliados fuertes que compartieran libremente nuestros ideales de libertad y democracia, mercados abiertos y el estado de derecho. La estrategia fomentaría nuevas instituciones internacionales como las Naciones Unidas, la OTAN y el Banco Mundial, y estaría enfocada en todos los rincones del planeta. Fue una estrategia en la que se veían con claridad los peligros del mundo y se aprovechaban sus promesas positivas.

...

¿Qué se necesita? ¿Cuál es el mejor curso de acción? ¿Qué se debe hacer?

Los peligros de hoy son diferentes, pero no menos graves. El poder de destruir la vida a una escala catastrófica corre hoy el riesgo de caer en manos de terroristas. El futuro de nuestra seguridad y la de nuestro planeta es rehén de nuestra dependencia del petróleo y el gas de otros países. Desde las montañas del noroeste de Pakistán con su multitud de cavernas, hasta las máquinas centrífugas que giran en el subsuelo de Irán, nos muestran que el pueblo estadounidense no puede estar protegido sólo por la presencia de los océanos o por el poder de nuestras fuerzas militares.

Los ataques del 11 de septiembre de 2001 nos hicieron ver esta nueva realidad con una claridad terrible y ominosa. En aquel día brillante y hermoso, el mundo de paz y prosperidad que fuera el legado de nuestra victoria en la Guerra Fría pareció desvanecerse de pronto bajo escombros, acero retorcido y nubes de humo.

Pero la profundidad de esa tragedia puso también de manifiesto la bondad y la determinación de nuestra nación. En bancos de sangre y velando enfermos, en escuelas y en el Congreso de la nación, los estadounidenses permanecieron unidos, más unidos incluso de lo que estaban en el inicio de la Guerra Fría. El mundo también estaba unido contra los que perpetraron esos actos perversos, ya que antiguos aliados, nuevos amigos y hasta adversarios añejos se solidarizaron con nosotros. Una vez más, había llegado el momento de desplegar el poderío y la persuasión moral de Estados Unidos; otra vez era el momento de idear una nueva estrategia de seguridad para un mundo en constante cambio.

Imaginen por un momento lo que podríamos haber hecho en esos días, meses y años, después de aquel 11 de septiembre.

Podríamos haber desplegado todo el poderío militar estadounidense para cazar y destruir a Osama bin Laden, al Qaeda, el Talibán y todos los terroristas responsables de la tragedia, preservando al mismo tiempo la verdadera seguridad en Afganistán.

Podríamos haber asegurado los materiales nucleares dispersos en el mundo y actualizado el marco de no proliferación de armas del siglo XX para enfrentar los desafíos del siglo XXI.

Podríamos haber invertido cientos de miles de millones de dólares en fuentes de energía alternativas que hubieran permitido el crecimiento de nuestra economía, la protección de nuestro planeta y el final de la tiranía del petróleo.

Podríamos haber reforzado antiguas alianzas, cultivado otras nuevas y renovado las instituciones internacionales en provecho de la paz y la prosperidad.

Podríamos haber convocado a una nueva generación a incorporarse a las fuertes corrientes de la historia y a servir a su país como soldados y maestros, voluntarios del Cuerpo de Paz y oficiales de policía.

Podríamos haber protegido nuestra patria invirtiendo en nuevos sistemas avanzados de seguridad para nuestros puertos, nuestros ferrocarriles y nuestras plantas nucleares.

Podríamos haber reconstruido nuestras carreteras y puentes, instalado nuevos sistemas de ferrocarriles, de banda ancha y de electricidad, y haber puesto la enseñanza superior al alcance de todos los estadounidenses con el fin de fortalecer nuestra capacidad para competir.

Eso podríamos haber hecho.

En lugar de eso, hemos perdido miles de vidas de estadounidenses, gastado cerca de un billón de dólares, alejado a nuestros aliados y descuidado las nuevas amenazas. Y todo eso para librar una guerra a lo largo de bastante más de cinco años en un país que no tuvo

absolutamente nada que ver con los ataques del 11 de septiembre.

Nuestros hombres y mujeres de uniforme han llevado a cabo todas las misiones asignadas a ellos. Lo que falta en nuestro debate sobre Irak —lo que ha faltado desde antes del inicio de la guerra— es una discusión sobre las consecuencias estratégicas de Irak y la importancia de su papel en nuestra política exterior.

Esta guerra nos distrae de todas las demás amenazas que enfrentamos y de muchas oportunidades que podríamos aprovechar. Esta guerra debilita nuestra seguridad, nuestra posición en el mundo, nuestras fuerzas militares, nuestra economía y los recursos que necesitamos para lidiar con los retos del siglo XXI. Bajo cualquier concepto, nuestra obstinada e indefinida concentración en Irak no es una estrategia sólida para mantener la seguridad de nuestro país.

Estoy conteniendo por la presidencia de los Estados Unidos para conducir a este país en una nueva dirección, para aprovechar la promesa que este momento encierra. En lugar de distraernos de las amenazas más apremiantes que nos acechan, yo quiero hacerles frente. En lugar de dejar que todo el peso de nuestra política exterior recaiga sobre los valientes hombres y mujeres que forman nuestras fuerzas militares, quiero usar todos los elementos del poder estadounidense para mantener nuestra seguridad, nuestra prosperidad y nuestra libertad. En lugar de enemistarnos con el mundo, quiero que Estados Unidos lo encabece una vez más.

Como presidente, aplicaré una estrategia de seguridad nacional firme, hábil y apegada a los principios, en la que se reconozca que

“Enfocaré esa estrategia en cinco objetivos: poner fin a la guerra de Irak en forma responsable; completar la lucha contra al Qaeda y los talibanes; rescatar todas las armas y materiales nucleares que han caído en manos de terroristas y estados que los apoyan; lograr una auténtica seguridad energética; y reconstruir nuestras alianzas para lidiar con los desafíos del siglo XXI”.

no sólo tenemos intereses en Bagdad, sino también en Kandahar y Karachi, en Tokio y Londres, en Beijing y Berlín. Enfocaré esa estrategia en cinco objetivos esenciales para reforzar la seguridad de Estados Unidos: poner fin a la guerra de Irak en forma responsable; completar la lucha contra al Qaeda y los talibanes; rescatar todas las armas y materiales nucleares que han caído en manos de terroristas y estados que los apoyan; lograr una auténtica seguridad energética; y reconstruir nuestras alianzas para lidiar con los desafíos del siglo XXI.

...

Por eso me mantengo firme en mi plan para poner fin a esta guerra. Ahora, el llamado del primer ministro Maliki para que concertemos las fechas en que las fuerzas estadounidenses serán retiradas nos ofrece una verdadera oportunidad. Se presenta en un momento en que el general estadounidense a cargo de capacitar a las fuerzas de seguridad de Irak ha declarado que el ejército y la policía de ese país estarán listos para asumir la responsabilidad de mantener la seguridad de esa nación en 2009. Ha llegado el momento de realizar un nuevo despliegue de nuestras fuerzas de combate en forma responsable para conducir a los líderes iraquíes hacia una solución política, reconstruir nuestras fuerzas militares y enfocarlas otra vez en Afganistán y en nuestros intereses de seguridad más amplios.

...

Llegará el momento en que habrá que juzgar la situación. Irak no va a ser un lugar perfecto y nosotros no contamos con recursos ilimitados para tratar de que lo sea. No vamos a matar a todos los que simpatizan con al Qaeda, no eliminaremos todos los rastros de la influencia iraní ni instauraremos una democracia perfecta antes de retirarnos. ... De hecho, el verdadero éxito en Irak —la

victoria en Irak— no consistirá en una ceremonia de capitulación en la que el enemigo deponga sus armas. El verdadero éxito se alcanzará cuando dejemos Irak en manos de un gobierno que se haga responsable de su futuro, un gobierno que evite los conflictos sectarios y garantice que la amenaza de al Qaeda, que ha sido contenida por nuestras tropas, no volverá a surgir. Esa meta es factible si aplicamos un plan completo con el fin de presionar a los iraquíes para que asuman su papel.

Este es el futuro que los iraquíes desean. Este es el futuro que el pueblo estadounidense desea. Y esto es lo que nuestros intereses comunes exigen.

Este es también el futuro que necesitamos para nuestros militares. No podemos tolerar el esfuerzo que implica para ellos tener que combatir en una guerra que no nos ha dado más seguridad. Voy a restaurar nuestro poderío poniendo fin a esa guerra, dando cumplimiento al incremento de nuestras fuerzas terrestres en 65.000 soldados y 27.000 marinos, e invirtiendo en las capacidades que necesitamos para vencer enemigos convencionales y afrontar los desafíos no convencionales de nuestros tiempos.

Deseo que los iraquíes asuman la responsabilidad de su propio futuro y lleguen al acuerdo político necesario para lograr su estabilidad a largo plazo. Esa es la victoria. Ese es el éxito. Eso es lo mejor para Irak, eso es lo mejor para Estados Unidos y esa es la razón por la cual pondré fin a esta guerra como presidente. El objetivo central de la guerra contra el terror no es Irak y nunca lo fue. Por eso la segunda meta de mi nueva estrategia será combatir a al Qaeda en Afganistán y en Paquistán.

No podemos aceptar que casi siete años después de que cerca de 3.000 estadounidenses fueron asesinados en nuestra propia tierra, los terroristas que nos atacaron el 11 de septiembre estén libres todavía. Osama bin Laden y Ayman al Zawahari siguen grabando mensajes para sus seguidores y urdiendo más atentados terroristas. Los talibanes controlan varias regiones de Afganistán. Al Qaeda ha instalado en Paquistán una base de operaciones cada día más grande, a una distancia tal vez no mayor de su antiguo santuario que un viaje en tren de Washington a Filadelfia. Si se produce otro ataque contra nuestro país, será probable que provenga de la misma región en la que se planearon los atentados del 11 de septiembre. Y a pesar de esto, hoy tenemos cinco veces más tropas en Irak que en Afganistán.

...

Enviaré a Afganistán otras dos brigadas de combate, por lo menos, y al contraer este compromiso trataré de obtener más apoyo y menos restricciones de los aliados de la OTAN. Me concentraré en capacitar a las fuerzas de seguridad afganas y en patrocinar una judicatura afgana, y asignaré más recursos e incentivos para los oficiales estadounidenses que lleven a cabo esas misiones. Del mismo modo que triunfamos en la Guerra Fría apoyando a los aliados que eran capaces de velar por su propia seguridad, debemos comprender que la primera línea de combate en el siglo XXI no está sólo en el campo de batalla, sino también en los ejercicios de entrenamiento cerca de Kabul, en la estación de policía de Kandahar y en la instauración del estado de derecho en Herat.

Más aún, nuestra seguridad sólo podrá ser duradera si aplicamos

la enseñanza de Marshall y ayudamos a los afganos a desarrollar su economía desde la base. Por eso he propuesto que se destinen 1.000 millones de dólares adicionales cada año a la asistencia no militar, con salvaguardas efectivas para evitar la corrupción y asegurarnos de que las inversiones no sólo se realicen en Kabul, sino también en las provincias de Afganistán. Como parte de este programa, invertiremos en medios de subsistencia alternativos para que los agricultores afganos dejen de cultivar amapola, y al mismo tiempo impediremos el tráfico de heroína. No podemos condenar a Afganistán a un futuro de narcotráfico y terrorismo. El pueblo afgano debe saber que nuestro compromiso con su futuro es duradero porque la seguridad de Afganistán y la de Estados Unidos están relacionadas.

La mayor amenaza a esa seguridad reside en las regiones tribales de Paquistán, donde los terroristas se capacitan y los insurgentes se ponen en marcha para sus incursiones en Afganistán. No podemos tolerar un refugio de terroristas y yo, como presidente, no lo toleraré. Necesitamos una colaboración más fuerte y sostenida entre Afganistán, Paquistán y la OTAN para proteger la frontera, para extirpar los campamentos de terroristas y para aplastar a los insurgentes que cruzan esa frontera. Y debemos anunciar con claridad que si Paquistán no puede o no desea intervenir, nosotros capturaremos a los terroristas de alto nivel, como bin Laden, en cuanto los tengamos a la vista.

No nos equivoquemos: no será posible tener éxito en Afganistán y garantizar la seguridad de nuestro país, a menos que modifiquemos nuestra política en Paquistán.

...

Sólo una democracia paquistaní fuerte nos podrá ayudar a alcanzar mi tercera meta: controlar todas las armas y materiales nucleares que están en manos de terroristas y de los estados que los protegen.

...

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, nos preocupaba que las mortíferas armas atómicas cayeran en manos del Kremlin. Hoy nos preocupamos por las 50 toneladas de uranio altamente enriquecido que existen en las instalaciones nucleares civiles de más de 40 países, a veces con escasa vigilancia. Hoy nos preocupa el fracaso de un marco de no proliferación que fue creado para el mundo bipolar de la Guerra Fría. Ahora nos preocupa sobre todo que un estado o un científico nuclear sin escrúpulos proporcione las armas más mortíferas del mundo a la gente más peligrosa del planeta: los terroristas que no lo piensan dos veces antes de morir y causar la muerte a cientos de miles de personas en Tel Aviv o Moscú, Londres o Nueva York.

...

Además de tomar esas medidas inmediatas y urgentes, ha llegado la hora de enviar un mensaje claro: Estados Unidos desea un mundo sin armas nucleares. Pero mientras existan armas nucleares, tendremos que mantener una fuerza disuasoria poderosa. En lugar de lanzar amenazas de expulsarlos del G-8, tenemos que colaborar con los rusos para que nuestros misiles balísticos y los de ellos no estén ya en un estado de alerta inminente; para reducir drásticamente nuestro propio arsenal de armas y materiales nucleares; para pugnar por que se prohíba en todo el mundo la producción de material fisionable con fines bélicos; y para ampliar la prohibición ruso-estadounidense contra los misiles de alcance

intermedio a fin de que ese acuerdo tenga vigencia mundial. Al mantener el compromiso que contrajimos en el Tratado de No Proliferación Nuclear, tendremos más derecho de presionar a otros países, como Corea del Norte e Irán, para que mantengan los suyos. En particular, eso nos dará más credibilidad e influencia para negociar con Irán.

No podemos tolerar que haya armas nucleares en manos de naciones que apoyan el terrorismo. Impedir que Irán desarrolle armas nucleares es uno de los intereses vitales para la seguridad nacional de Estados Unidos. Para eso no renunciaremos a ninguno de los instrumentos y recursos del estadista. Usaré todos los elementos del poderío estadounidense para presionar al gobierno iraní, comenzando con una diplomacia directa, vigorosa y apegada a los principios, una diplomacia que se reforzará con sanciones severas y no aceptará condiciones previas.

Por eso debemos llevar a cabo esas difíciles negociaciones en perfecta coordinación con nuestros aliados, valiéndonos para ello de toda nuestra influencia, e incluso me reuniré con las autoridades iraníes apropiadas, si eso favorece nuestros intereses, en la fecha y lugar que yo elija.

Aplicaremos esta diplomacia sin hacernos ilusiones de cómo reaccionará el régimen iraní. De hecho, les plantearemos un dilema muy claro: Si renuncian a su programa nuclear y dejan de apoyar el terrorismo y amenazar a Israel, recibirán a cambio incentivos importantes. Si se niegan a hacerlo, multiplicaremos la presión por medio de sanciones unilaterales más severas, sanciones multilaterales más rigurosas en el Consejo de Seguridad y una

campaña sostenida fuera de la ONU para aislar al gobierno de Irán. Esa es la diplomacia que necesitamos. Y los iraníes tendrán que negociar en seguida porque si deciden esperar, lo único que obtendrán serán presiones cada vez más intensas.

A la larga, el medio más seguro para reforzar nuestra influencia contra Irán consiste en dejar de financiar sus ambiciones. Eso dependerá de que alcancemos mi cuarta meta: librarnos de la tiranía del petróleo que padecemos en estos tiempos.

El precio del petróleo es una de las armas más peligrosas en el mundo actual. Enviamos cerca de 700 millones de dólares diarios a naciones hostiles o inestables, para pagar su petróleo. Con ese dinero se financian las bombas terroristas que salen de Bagdad rumbo a Beirut. Así se financia la diplomacia petrolera de Caracas y las escuelas teológicas radicales de Karachi a Jartum. Eso resta fuerza a los Estados Unidos y la confiere a los dictadores.

Este peligro inmediato sólo es eclipsado por la amenaza a largo plazo del cambio climático, el cual provocará patrones devastadores del clima, terribles tormentas, sequías y hambrunas. Eso significa que, durante los próximos 50 años, la gente tendrá que competir por el alimento y el agua en los mismos lugares que han sido azotados por una violencia horripilante en el último medio siglo: África, el Oriente Medio y el sur de Asia. Para mayores desastres, eso podría implicar también la presencia de tormentas destructivas en nuestras costas y la desaparición de nuestros litorales.

No se trata tan sólo de un problema económico o del medio ambiente, sino de una crisis de seguridad nacional. Por el bien

de nuestra seguridad y por todas las familias estadounidenses que pagan el precio de la gasolina, debemos suprimir nuestra dependencia del petróleo extranjero. Eso es precisamente lo que haré como presidente. Los pequeños pasos y los trucos políticos no nos servirán. En los próximos años invertiré 150.000 millones de dólares para encauzar a Estados Unidos por el camino de la verdadera seguridad energética. Ese fondo se invertirá sin dilación en un nuevo sector empresarial de energía verde que acabará con nuestra adicción al petróleo, creará hasta cinco millones de empleos en los dos decenios próximos y ayudará a asegurar el futuro de nuestro país y de nuestro planeta. Invertiremos en investigación y desarrollo de energía alternativa en todas sus formas —solar, del viento y biocombustibles— así como en tecnologías para que el carbón no contamine y la energía nuclear sea segura. Y desde el momento en que asuma el cargo, haré que todo el mundo sepa que los Estados Unidos de América están listos para tomar la delantera una vez más.

Nunca más nos abstendremos de participar ni estorbaremos el camino de la acción internacional para enfrentar este desafío mundial. Me acercaré a los dirigentes de las principales naciones emisoras de carbono y les pediré que participen en un nuevo Foro Global de Energía para sentar las bases de la próxima generación de protocolos sobre el clima. Concertaremos también una alianza de naciones importadoras de petróleo y trabajaremos juntos para reducir nuestra demanda y romper el dominio de la OPEP sobre la economía mundial. Nos impondremos la meta de reducir en 80 por ciento las emisiones mundiales para 2050. Y cuando desarrollemos nuevas formas de energía no contaminante aquí, en el país, compartiremos nuestra tecnología y nuestras innovaciones con todas las naciones del orbe.

Esa es la tradición del liderazgo estadounidense en busca del bien internacional. Y esa será mi quinta meta: reconstruir nuestras alianzas para hacer frente a los desafíos colectivos del siglo XXI.

Porque a pesar de todo nuestro poderío, Estados Unidos es más fuerte cuando contamos con el apoyo de socios fuertes.

Ha llegado el momento de iniciar una nueva era de cooperación internacional. Ya es tiempo de que Estados Unidos y Europa renovemos nuestro compromiso colectivo para enfrentar las amenazas del siglo XXI del mismo modo que enfrentamos los desafíos del siglo XX. Es el momento de fortalecer nuestra colaboración con Japón, Corea del Sur, Australia y la democracia más grande del mundo, la India, para crear un continente asiático estable y próspero. Es el momento de obtener la colaboración de China en defensa de nuestros intereses comunes, como el cambio del clima, sin que por ello dejemos de pugnar por su transición hacia una sociedad más abierta, basada en el mercado. Llegó la hora de fortalecer a la OTAN demandando más de nuestros aliados, pero acercándonos siempre a ellos con el respeto que los socios merecen. Esta es la ocasión para reformar a las Naciones Unidas de modo que esa institución imperfecta se convierta en un foro más perfecto en el que podamos compartir las cargas, reforzar nuestra influencia y promover nuestros valores. Llegó el momento de profundizar nuestra intervención para ayudar a resolver el conflicto entre árabes e israelíes de manera que podamos contribuir a que Israel, nuestro aliado, logre una seguridad auténtica y duradera, al tiempo que ayudamos a los palestinos a dar cumplimiento a sus legítimas aspiraciones de alcanzar la categoría de estado.

Y a la par que renovamos nuestros antiguos empeños, debemos emprender otros nuevos para lidiar con los nuevos desafíos. Por eso voy a crear un Programa de Cooperación para la Seguridad Colectiva, una nueva alianza de naciones destinada a fomentar los esfuerzos cooperativos para dismantelar las redes terroristas mundiales sin dejar de combatir la tortura y la brutalidad. Por eso vamos a colaborar con la Unión Africana con miras a reforzar su capacidad para mantener la paz. Por eso concertaremos una nueva alianza para combatir el tráfico de drogas y de armas, y las pandillas delictivas, en toda la América. Eso es lo que podemos hacer si estamos dispuestos a atraer la colaboración del mundo.

Tendremos que suministrar recursos considerables para atender las prioridades más importantes. Sé que la asistencia para el desarrollo no es el programa más popular, pero en mi calidad de presidente, expondré ante el pueblo estadounidense la tesis de que ella puede ser nuestra mejor inversión para reforzar la seguridad colectiva del mundo entero. Esa tesis fue válida en el caso del Plan Marshall y debe seguir siendo válida hoy. Por eso duplicaré nuestra ayuda exterior a 50.000 millones de dólares en 2012 y la usaré para patrocinar un futuro estable en los estados fallidos y el crecimiento sostenible en África; para reducir a la mitad la pobreza mundial y abatir las enfermedades; para que quienes esperan con rostro anhelante más allá de nuestras costas reciban una vez más un mensaje en el que les diremos: "Ustedes son importantes para nosotros. Su futuro es nuestro futuro. Y nuestro momento es ahora mismo".



Partidarios de Obama en Nueva Delhi, India, el 24 de junio de 2008.



Un veterano de la Segunda Guerra Mundial embargado por la emoción en una ceremonia del Día de los Veteranos, en la ciudad de Nueva York, el 11 de noviembre de 2003.

La nación estadounidense que amamos

Independence, Missouri, 30 de junio de 2008

En una mañana primaveral de abril de 1775, sólo un puñado de colonizadores —agricultores y comerciantes, herreros e impresores, hombres jóvenes y adultos— dejaron sus casas y a sus familias en Lexington y Concord para levantarse en armas contra la tiranía de un imperio. Sus posibilidades de éxito eran escasas y los riesgos enormes porque, aun cuando sobrevivieran a la batalla, el precio final de un fracaso consistiría para ellos en ser acusados de traición y sentenciados a morir en la horca.

A pesar de todo, corrieron ese riesgo. No lo hicieron para beneficiar a un grupo o linaje en particular, sino en aras de una idea más amplia: la idea de la libertad, la idea de que hay derechos inalienables concedidos por Dios. Y con el primer disparo que se produjo aquel día histórico —un disparo que se oyó en todo el mundo— dio principio la Revolución de Estados Unidos y el experimento de este país con la democracia.

Aquellos hombres de Lexington y Concord fueron algunos de nuestros primeros patriotas. Y al inicio de una semana en la que celebramos el nacimiento de nuestra nación, considero oportuno que nos detengamos un momento a reflexionar sobre el significado del patriotismo, el de ellos y el nuestro. Esto lo hacemos, en parte, porque estamos en medio de una guerra: más de un millón y medio de nuestros mejores hombres y mujeres jóvenes luchan ahora en Irak y Afganistán; más de 60.000 han sido heridos y más de 4.600 han hallado el descanso eterno. El costo de la guerra ha sido alto y el debate en torno a nuestra misión en Irak ha sido feroz. A la luz de tal sacrificio de tantas personas, es muy natural reflexionar más a fondo en los compromisos que tenemos con nuestra nación y con nuestros compatriotas.

Meditamos también en esas cuestiones porque estamos en medio de una elección presidencial, tal vez la más trascendental en muchas generaciones; una contienda que determinará el curso de esta nación en los años y tal vez los decenios por venir. Este debate no sólo gira en torno de los temas más apremiantes —atención de la salud, empleos, energía, educación y seguridad en el retiro—, sino también es un debate acerca de los valores. ¿Cómo mantenernos seguros y protegidos, preservando al mismo tiempo nuestras libertades? ¿Cómo vamos restaurar la confianza en un gobierno que parece estar cada día más alejado de su pueblo y dominado por intereses especiales? ¿Cómo nos aseguraremos de que, en una economía cada vez más globalizada, los ganadores concerten una alianza con los menos afortunados? ¿Y cómo vamos a resolver nuestras diferencias en una época de diversidad creciente?

Por último, vale la pena considerar el significado de patriotismo porque la cuestión de quién es patriota y quién no lo es envenena demasiado a menudo nuestro debate político y nos divide en lugar de unirnos. Esto lo he llegado a percibir por experiencia propia en el curso de la campaña. Toda mi vida di por hecho mi profundo y perdurable amor por este país. En ese amor me criaron; él fue el que me impulsó hacia el servicio público y por él estoy conteniendo por la presidencia. Y, no obstante, en los últimos 16 meses ha habido momentos en que, por primera vez en la vida, he visto que mi patriotismo es impugnado, a veces a causa de mi propia falta de cuidado, pero más a menudo por el afán de algunos de ganar puntos políticos a su favor y suscitar temores acerca de quién soy y cuál es mi posición.

Por eso, permítanme decir esto al principio de mis comentarios: nunca pondré en duda el patriotismo de mis contendientes en esta campaña y no me quedaré impasible cuando otros cuestionen el mío.

...

El uso del patriotismo como espada o como escudo político es tan antiguo como la república. Sin embargo, lo que resulta sorprendente en el debate actual en torno al patriotismo es el grado en que sigue estando arraigado en las guerras culturales de la década de 1960, es decir, en argumentos que se remontan 40 años o más en el pasado. En los primeros años del movimiento de derechos civiles y de oposición a la Guerra de Vietnam, los que defendían el statu quo acusaban con frecuencia de antipatriótico a cualquiera que pusiera en duda la pertinencia de las políticas del gobierno. Por su parte, ciertos representantes de lo que se llegó a

conocer como la contracultura de los años 1960 no se contentaron con criticar algunas políticas del gobierno, sino atacaron los símbolos y en casos extremos quemaron banderas, es decir, la idea misma de la nación estadounidense; además, culparon a Estados Unidos de todos los males del mundo y, algo que fue quizá más trágico, se negaron a honrar a los veteranos que regresaban de Vietnam y su negativa sigue siendo motivo de vergüenza nacional hasta nuestros días.

La mayoría de los estadounidenses nunca aceptaron esos puntos de vista simplistas sobre el mundo, esas caricaturas de la izquierda y la derecha. La mayoría de los estadounidenses entendieron que la disidencia no lo hace a uno antipatriota y que la indiferencia escéptica hacia las tradiciones y las instituciones de Estados Unidos nada tiene de inteligente o sofisticado. Y sin embargo, la rabia y la turbulencia de aquel periodo no han desaparecido por completo. Con demasiada frecuencia nuestras políticas parecen estar atrapadas todavía en esos viejos y gastados argumentos. Este hecho se hizo muy evidente en nuestros últimos debates sobre la Guerra de Irak, cuando algunos tildaron de antipatriotas a quienes se oponían a las políticas del gobierno y acusaron de traidor a un general que expuso una bien meditada opinión sobre cómo se debería proceder en Irak.

En vista de los enormes desafíos que tenemos por delante, no nos podemos permitir ya ese tipo de divisiones. Ninguno de nosotros espera que las polémicas sobre el patriotismo se desvanezcan o deban desaparecer por completo; después de todo, cuando discutimos sobre ese tema, discutimos sobre lo que somos como país y, lo más importante, sobre quiénes debemos ser. No obstante,

sin duda podemos concordar en que ningún partido o filosofía política tiene el monopolio del patriotismo. Además, estoy seguro de que podremos encontrar una definición de patriotismo que, por muy burda e imperfecta que sea, capte lo mejor del espíritu colectivo de los Estados Unidos.

¿Cómo podría ser esa definición? Para mí, igual que para la mayor parte de los estadounidenses, el patriotismo comienza como un instinto visceral, un sentimiento de lealtad y amor al país que está arraigado en mis más antiguos recuerdos. No hablo sólo del hecho de recitar el voto de lealtad, de las celebraciones del Día de Acción de Gracias en la escuela o de los juegos artificiales del Cuatro de Julio, por más maravilloso que todo esto pueda ser. Más bien, me refiero a la forma en que el ideal estadounidense se abrió paso en mi conciencia a través de las enseñanzas que recibí de mi familia cuando era niño.

...

Para mí, el patriotismo es mucho más que la simple lealtad a un lugar en el mapa o a cierto tipo de gente. En realidad, también es la lealtad a los ideales estadounidenses, ideales por los que cualquiera se puede sacrificar, a los que puede defender y puede consagrar toda su devoción. Creo que esa lealtad es la que permite que un país con tantas razas, etnias, religiones y costumbres diferentes, sea capaz de unirse como uno solo.

Creo que los que impugnan los defectos de Estados Unidos sin reconocer la singular grandeza de nuestros ideales y la capacidad demostrada de éstos para inspirar la búsqueda de un mundo mejor, no comprenden realmente a este país.

“Para mí, el patriotismo es mucho más que la simple lealtad a un lugar en el mapa o a cierto tipo de gente. En realidad, también es la lealtad a los ideales estadounidenses, ideales por los que cualquiera se puede sacrificar, a los que puede defender y puede consagrar toda su devoción”.

Por supuesto, precisamente porque Estados Unidos no es perfecto, precisamente porque nuestros ideales nos exigen siempre más, el patriotismo nunca se puede definir como la lealtad a un líder, a un gobierno o a una política en particular. Mark Twain, el más grande escritor satírico estadounidense y orgulloso hijo de Missouri, escribió una vez: “El patriotismo consiste en apoyar siempre a tu país y apoyar a su gobierno cuando se lo merece”. Podemos esperar que nuestros líderes y nuestro gobierno apoyen los ideales nacionales tal como ha ocurrido ya muchas veces en nuestra historia. Sin embargo, cuando nuestras leyes, nuestros líderes o nuestro gobierno no concuerdan con esos ideales, entonces la disidencia de los estadounidenses ordinarios puede llegar a ser la expresión más auténtica del patriotismo.

...

Más allá de la lealtad a los ideales de Estados Unidos, más allá de estar dispuestos a discrepar para salir en defensa de esos ideales, creo que el patriotismo, para que tenga significado, debe incluir estar dispuestos también a sacrificarse, a sacrificar algo que valoremos, en aras de una causa superior. A los que han luchado bajo la bandera de esta nación no se les puede pedir más pruebas de ese sacrificio. Y déjenme añadir que nadie debe restar valor jamás a ese servicio, y menos aún para impulsar una campaña política. Esta observación se aplica a los miembros de ambos bandos contendientes.

Siempre debemos expresar nuestra profunda gratitud por el servicio que prestan los hombres y mujeres de nuestras fuerzas armadas. Punto. De hecho, una de las cosas positivas que han surgido del conflicto actual en Irak es el reconocimiento

generalizado de que, sin importar que uno apoye esta guerra o se oponga a ella, el sacrificio de nuestras tropas siempre es digno del mayor honor.

Veo que una nueva generación de estadounidenses ya empieza a responder al llamado. Me los encuentro dondequiera que voy, involucrados en el proyecto de renovación del país; y no me refiero sólo a los que se han enrolado para luchar por nuestra patria en tierras lejanas, sino también a los que luchan por un Estados Unidos mejor dentro de nuestras fronteras, ya sea enseñando en escuelas escasas de recursos, cuidando enfermos en hospitales donde falta personal o promoviendo políticas energéticas más sostenibles en sus comunidades.

Creo que una de las tareas del próximo gobierno será asegurarse de que este movimiento a favor del servicio crezca y se mantenga en los años venideros. Tenemos que ampliar el programa Ameri-Corps y desarrollar más el Cuerpo de Paz. Debemos estimular el servicio nacional, incluyéndolo entre los requisitos para recibir la ayuda de un nuevo programa de asistencia universitaria, al mismo tiempo que aumentamos las prestaciones para aquellos cuyo sentido del deber los ha impulsado ya a servir en nuestras fuerzas armadas.

...

Ahora que iniciamos nuestro cuarto siglo como nación, es fácil ver con excesiva naturalidad el carácter extraordinario de Estados Unidos. Sin embargo, como estadounidenses y como padres, tenemos el deber de inculcar en nuestros hijos la historia del país, tanto en el hogar como en la escuela.

A nosotros nos toca, pues, enseñarles a ellos. De nosotros depende enseñarles que, aun cuando hemos enfrentado grandes desafíos y hemos cometido errores, siempre hemos podido reunirnos para hacer que esta nación sea más fuerte, más próspera, más unida y más justa. A nosotros nos toca enseñarles que Estados Unidos ha sido una fuerza para el bien en el mundo y que otras naciones y pueblos nos han visto como la última y la mejor esperanza de la Tierra. A nosotros nos toca enseñarles que es bueno dar algo a cambio de lo que recibimos de nuestra comunidad, que el servicio en las fuerzas armadas es honorable, que es vital participar en nuestra democracia y hacer que nuestra voz sea escuchada.

Y a nosotros nos corresponde enseñar a nuestros hijos una lección que quienes nos dedicamos a la política olvidamos demasiado a menudo: que el patriotismo no sólo consiste en defender a este país de amenazas externas, sino también en trabajar sin descanso con el fin de hacer de Estados Unidos un lugar mejor para las generaciones futuras.

...

A fin de cuentas, tal vez sea ésta la cualidad que mejor define el patriotismo como yo lo concibo: no sólo es un amor por Estados Unidos en sentido abstracto, sino un sentimiento muy particular de amor y de fe en el pueblo estadounidense. Por eso el corazón se nos llena de orgullo cuando vemos nuestra bandera; por eso derramamos una lágrima cuando suenan las notas solitarias del toque de silencio. Porque sabemos que la grandeza de este país, ya sea por sus victorias en la guerra, por su enorme riqueza o por sus logros científicos y culturales, proviene de la energía y la imaginación del pueblo que lo habita, de su trabajo arduo, su

fuerza, su lucha, su inquietud, su sentido del humor y su heroísmo silencioso.

Esta es la libertad que defendemos, la libertad de que cada uno de nosotros pueda perseguir sus sueños. Esa es la igualdad que buscamos, no una igualdad en los resultados, sino en la oportunidad de que cada uno de nosotros tenga éxito si lo intenta. Esa es la comunidad que nos esforzamos por construir: una comunidad en la que podamos confiar en esta democracia nuestra, aunque a veces esté desordenada; en la cual sigamos estando convencidos de que nada hay que no podamos hacer si nos lo proponemos; en la que nos veamos a nosotros mismos como parte de una historia más amplia y veamos que nuestro destino personal está vinculado con el destino de cada uno de los que comparten nuestra lealtad al credo feliz y singular de los Estados Unidos.



Un empleado electoral ondea la bandera antes de que los votantes empiecen a llegar al ayuntamiento de Woodstock, Nueva Hampshire, el día de la elección en 2008.



Estos defensores de los derechos civiles marchan en Montgomery, Alabama, en marzo de 1965.

Una unión más perfecta

Filadelfia, Pensilvania, 18 de marzo de 2008

“Nosotros, el pueblo, con el fin de formar una unión más perfecta”...

Hace 221 años, en un recinto que todavía está en pie frente a este lugar, un grupo de hombres se congregó y, con esas sencillas palabras, inició el improbable experimento de Estados Unidos con la democracia. Granjeros y académicos, estadistas y patriotas que cruzaron el océano para escapar de la tiranía y la persecución, hicieron realidad por fin su declaración de independencia en una convención que tuvo lugar en Filadelfia y que se prolongó hasta la primavera de 1787.

El documento que ellos elaboraron fue firmado al final, pero la verdad es que estaba inconcluso. No borró el estigma de la esclavitud, el pecado original de esta nación, el tema que dividió a las colonias y mantuvo a la convención en un callejón sin salida hasta que los Padres Fundadores optaron por permitir que el

comercio de esclavos continuara otros 20 años, por lo menos, y dejar que las generaciones futuras buscaran la resolución definitiva de la cuestión.

Por supuesto, la respuesta al problema de la esclavitud ya estaba contenida en nuestra Constitución, una Constitución que tenía en su esencia la idea de la igualdad de los ciudadanos bajo la ley; una Constitución que prometía a su pueblo libertad, justicia y una unión que se podía y se debía perfeccionar a lo largo del tiempo.

Sin embargo, las palabras escritas en un pergamino no bastaron para liberar a los esclavos de su cautiverio ni para conceder a los hombres y mujeres de todos los colores y credos el pleno disfrute de sus derechos y obligaciones como ciudadanos de los Estados Unidos. Fue necesario que otras generaciones posteriores de estadounidenses, dispuestos a hacer su parte por medio de protestas y luchas en las calles y en los tribunales, por medio de una guerra civil y recurriendo a la desobediencia civil, corriendo siempre grandes riesgos, redujeran la brecha entre la promesa de nuestros ideales y la realidad de su época.

Esta fue una de las tareas que nos impusimos al inicio de esta campaña: proseguir la larga marcha de los que nos precedieron, una marcha para que Estados Unidos sea una nación más justa, más igualitaria, más libre, más generosa y más próspera.

...

Esta creencia proviene de mi fe inquebrantable en la bondad y la generosidad del pueblo de este país, pero también proviene de mi propia historia como estadounidense.

Soy hijo de un negro de Kenia y una blanca de Kansas. Me crié con la ayuda de un abuelo de raza blanca que logró sobrevivir a la Depresión y sirvió en el ejército de Patton en la Segunda Guerra Mundial, y una abuela blanca que trabajó en una línea de montaje de bombarderos en Fort Leavenworth mientras su esposo estaba en ultramar. Estudié en algunas de las mejores escuelas de Estados Unidos y viví en una de las naciones más pobres del mundo. Estoy casado con una estadounidense de raza negra que tiene sangre de esclavos y de amos de esclavos. Esa es la herencia que transmitimos a nuestras dos preciosas hijas. Tengo hermanos, hermanas, sobrinos, tíos y primos de todas las razas y todos los colores, distribuidos en tres continentes. Y mientras viva, nunca olvidaré que una historia como la mía no sería posible en ningún otro país de la Tierra.

Es una historia que no me hace ser el candidato más convencional, pero es una historia que ha inculcado en mi estructura genética la idea de que esta nación es más que la suma de sus partes y que, a partir de muchos, somos realmente uno.

A lo largo del primer año de esta campaña, con todos los pronósticos en contra, vimos cuánto deseaba el pueblo estadounidense recibir este mensaje de unidad. Sin caer en la tentación de enfocar mi candidatura con una óptica puramente racial, formamos una poderosa coalición de afroestadounidenses y estadounidenses blancos.

...

La raza es un tema que no creo que esta nación pueda darse el lujo de ignorar en estos momentos. ... Los problemas que han aflorado en las últimas semanas reflejan complejidades de tipo racial de las

“Si trabajamos juntos podremos superar algunas de nuestras antiguas heridas raciales y ... en realidad no tenemos otra opción si queremos seguir avanzando por un camino que nos lleve a una unión más perfecta”.

que nunca nos hemos ocupado realmente en este país; este es un aspecto de nuestra unión que todavía tenemos que perfeccionar. Si ahora eludimos la cuestión, si nos contentamos con retirarnos cada uno a su rincón, nunca nos podremos unir para resolver desafíos como la atención de la salud, la educación o la necesidad de hallar buenos empleos para todos los estadounidenses.

Para entender esta realidad es preciso recordar cómo llegamos a este punto. William Faulkner escribió en una ocasión: “El pasado no está muerto y sepultado; de hecho, ni siquiera es pasado”. Nos tenemos que recordar a nosotros mismos que el origen de

muchas de las disparidades que hoy existen en la comunidad afroestadounidense son las desigualdades transmitidas por una generación anterior que sufrió bajo el legado brutal de la esclavitud y [las leyes de segregación conocidas como] Jim Crow.

Las escuelas segregadas eran y son de calidad inferior; eso todavía no lo hemos enmendado 50 años después del caso *Brown vs. Junta de Educación*; y la inferioridad del servicio educativo que en ellas se impartía entonces y también ahora nos ayuda a explicar la brecha que hoy persiste entre el rendimiento de los estudiantes negros y los blancos.

La discriminación legalizada —en la que a menudo se recurría a la violencia para impedir que los negros tuvieran propiedades, que a las empresas de afroestadounidenses se les concedieran préstamos, que los negros propietarios de casas tuvieran acceso a las hipotecas de la FHA, o que los negros pudieran formar parte de sindicatos, de las fuerzas policiales o de los bomberos— significó que las familias negras nunca podían acumular un grado apreciable de riqueza para legarla a las generaciones futuras. Esa historia nos ayuda a explicar la brecha entre negros y blancos en términos de riqueza e ingresos, y los enclaves concentrados de pobreza que persisten en tantas comunidades urbanas y rurales en nuestros días.

La falta de oportunidades económicas para los varones negros y la vergüenza y frustración de no poder mantener a la familia han contribuido al deterioro de las familias negras. Es posible que este problema se haya agravado al cabo de muchos años a causa de las políticas de asistencia social. Además, la falta de servicios básicos

en muchos barrios urbanos negros —parques para que jueguen los niños, vigilancia policial activa, regularidad en la recolección de basura y observancia de los códigos de construcción— ayudó a crear un ciclo de violencia, deterioro y abandono que no ha dejado de rondarnos.

...

De hecho, también en varios segmentos de la comunidad blanca hay una indignación similar. La mayoría de los estadounidenses blancos obreros y de clase media no tienen la sensación de haber recibido los privilegios propios de su raza. Su experiencia es la experiencia del inmigrante: en lo que a ellos se refiere, nadie les ha dado nada y han tenido que conseguirlo todo a partir de cero. Han trabajado duro toda su vida, muchas veces sólo para ver que sus empleos son trasladados a otros países o que sus pensiones se esfuman después de toda esa vida de trabajo. Sienten ansiedad por el futuro y ven cómo se desvanecen sus sueños; en una época de estancamiento de los salarios y competencia mundial, las oportunidades terminan por considerarse como un juego de “todo para el ganador” en el que tú realizas tus sueños a expensas mías. Así, cuando se ven obligados a enviar a sus hijos en autobús a una escuela que está en el otro extremo de la ciudad; cuando se enteran de que un afroestadounidense tiene más posibilidades que ellos de quedarse con un puesto de trabajo o con una plaza en un buen colegio universitario, a fin de compensar una injusticia que ellos mismos no cometieron; o cuando les dicen que su temor a la delincuencia en los barrios urbanos no es más que un prejuicio, el resentimiento se va acumulando con el tiempo.

...

Así como a menudo la indignación de los negros es

contraproducente, lo mismo ocurre con los resentimientos de los blancos porque distraen su atención y les impiden ver a los verdaderos culpables del predicamento de la clase media: una cultura corporativa plagada de manejos internos, prácticas de contabilidad cuestionables y codicia de riquezas a corto plazo; un Washington dominado por cabilderos y por intereses especiales; estrategias económicas que favorecen a los pocos por encima de los muchos. Y sin embargo, esperar que el resentimiento de los estadounidenses blancos desaparezca con sólo deseárselo, y tacharlos de desorientados o aun de racistas sin reconocer que su resentimiento se funda en preocupaciones legítimas, es otro factor que ahonda la división racial y obstruye el camino del entendimiento.

En ese punto nos encontramos ahora; es un callejón sin salida de índole racial en el que estamos entrampados desde hace años. Al contrario de lo que afirman algunos de mis opositores, negros y blancos, nunca he sido tan ingenuo como para creer que podemos superar nuestras divisiones raciales en un solo ciclo electoral o con una sola candidatura, sobre todo con una candidatura tan imperfecta como la mía.

Lo que he afirmado es mi firme convicción —una convicción basada en mi fe en Dios y mi fe en el pueblo estadounidense— de que si trabajamos juntos podremos superar algunas de nuestras antiguas heridas raciales, y que en realidad no tenemos otra opción si queremos seguir avanzando por un camino que nos lleve a una unión más perfecta.

Para la comunidad afroestadounidense, ese camino significa

aceptar las cargas de nuestro pasado sin volvernos víctimas de ese pasado. Significa seguir exigiendo una justicia plena en todos los aspectos de la vida estadounidense. Pero también significa relacionar la reparación de nuestros agravios particulares — mediante una mejor atención de la salud, mejores escuelas y mejores empleos— con las aspiraciones generales de todos los estadounidenses: de las mujeres blancas que luchan por romper el techo de cristal que impide su progreso en los negocios; del hombre blanco despedido del empleo; del inmigrante que intenta mantener a su familia. También significa asumir toda la responsabilidad de nuestra propia vida y exigirnos más como padres, pasando más tiempo con nuestros hijos, leyendo para ellos y enseñándoles que aunque se enfrenten a desafíos y discriminación en su propia vida, nunca se deben dejar vencer por la desesperación o el cinismo, ya que siempre deben creer que son capaces de forjar su propio destino.

...

En la comunidad blanca, el camino hacia una unión más perfecta significa reconocer que lo que daña a la comunidad afroestadounidense no sólo existe en las mentes de los negros; que el legado de discriminación y los casos recientes de discriminación, aunque menos ostensibles que en el pasado, son reales y deben ser reparados, pero no sólo con palabras sino con hechos: invirtiendo en nuestras escuelas y en nuestras comunidades; aplicando nuestras leyes de derechos civiles y garantizando la imparcialidad en nuestro sistema de justicia penal; brindando a esta generación las oportunidades de progreso que no tuvieron a su alcance las generaciones anteriores. Para eso es necesario que todos los estadounidenses comprendan que tus



Un auditorio diverso escucha las palabras del candidato Obama en Wallingford, Pensilvania.

sueños no se pueden hacer realidad a expensas de los míos; que invertir en la salud, el bienestar y la educación de los niños negros, blancos y marrones, ayudará a que, a la postre, todo Estados Unidos prospere.

En este país estamos en un dilema. Podemos aceptar una política que fomente la división, el conflicto y el escepticismo. ... Pero si lo hacemos, les puedo garantizar que en la próxima elección estaremos hablando de alguna otra distracción y después de otra, y luego de otra más. Y nada cambiará.

Esa es una opción. La otra es que en este momento, en esta elección, nos unamos para decir: "Esta vez no será así". Ahora sí queremos hablar de las escuelas en ruinas que privan de futuro a niños negros y a niños blancos, y a niños asiáticos y a niños hispanos, y a niños estadounidenses nativos. Esta vez queremos rechazar el escepticismo que nos dice que esos niños no son capaces de aprender y que el problema de los niños que no tienen la misma apariencia que nosotros no nos concierne. Los niños de Estados Unidos no son "esos niños", son nuestros niños y no dejaremos que se queden atrás en la economía del siglo XXI. Esta vez no lo haremos.

En esta ocasión deseo señalar que las filas de gente que espera frente a las salas de urgencias están llenas de blancos, negros e hispanos que no cuentan con servicios de salud y que no tienen poder suficiente para superar a los grandes intereses especiales que cabildan en Washington, pero que podrán lograrlo si todos unimos nuestras fuerzas.

Esta vez deseo hablar de las fábricas hoy cerradas que en otros tiempos permitían que hombres y mujeres de todas las razas mantuvieran un nivel de vida decente, y de las casas en venta que pertenecían a estadounidenses de todas las religiones, todas las regiones, todas las profesiones y todos los estratos sociales.

En esta ocasión quiero referirme al hecho de que el verdadero problema no consiste en que alguien con una apariencia diferente a la de usted le quite su empleo; el problema es que la corporación en la que usted trabaja transfiera ese empleo a otro país sin más motivo que el lucro.

Esta vez queremos hablar de los hombres y mujeres de cualquier color y credo que prestan servicio militar juntos, que combaten juntos y dan su sangre juntos bajo la misma orgullosa bandera. Deseamos hablar de cómo traerlos de regreso a casa, de una guerra que nunca debió haber sido autorizada y nunca se debió iniciar. Y queremos hablar de cómo demostraremos nuestro patriotismo cuidando de ellos y de sus familias, y dándoles las prestaciones que se han ganado.

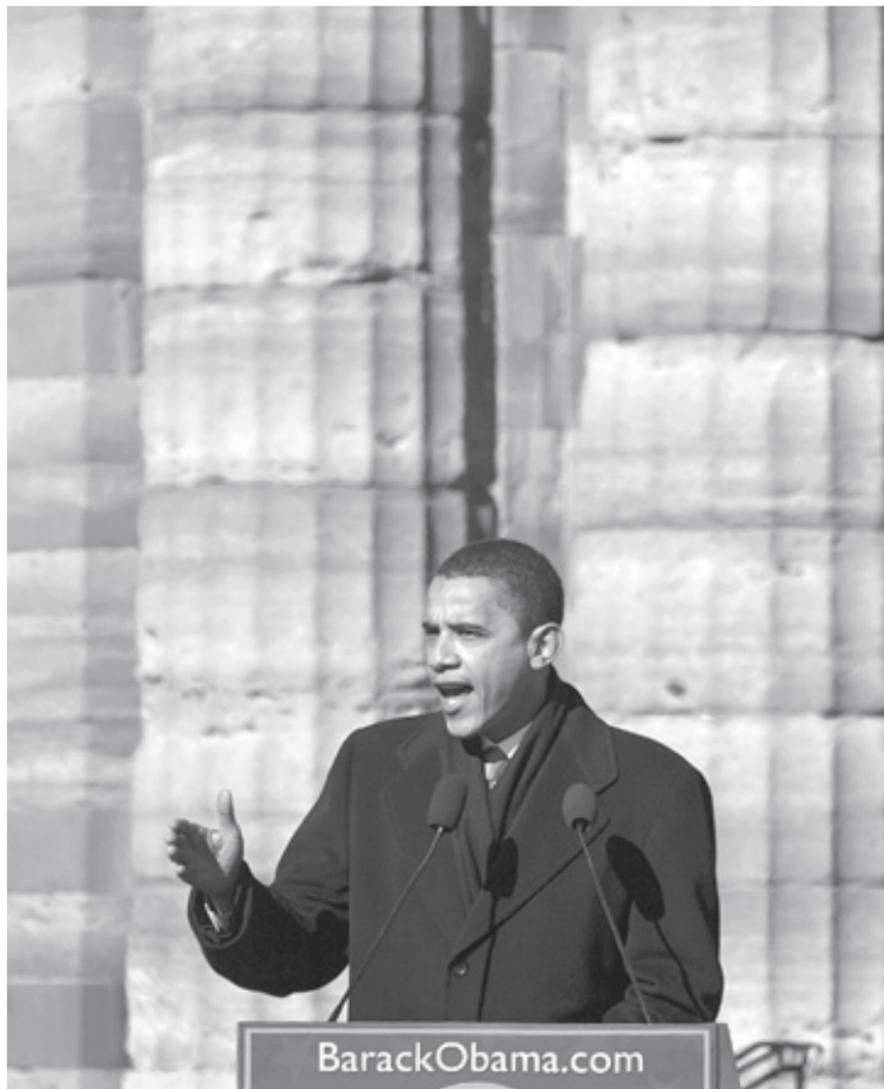
Yo no estaría conteniendo por la presidencia si no creyera de corazón que esto es lo que la inmensa mayoría de los estadounidenses desea para nuestro país. Esta unión nunca llegará a ser perfecta, pero generación tras generación nos han mostrado que siempre se puede ir perfeccionando. Y hoy, cada vez que siento dudas o escepticismo en cuanto a esa posibilidad, lo que me infunde más esperanza es la próxima generación: los jóvenes que con sus actitudes y creencias, y con su disposición abierta al cambio, ya han hecho historia en esta elección.

Nuestro pasado, futuro y visión de Estados Unidos

*Anuncio de la candidatura a la presidencia
Springfield, Illinois, 10 de febrero de 2007*

...
Fue aquí, en Springfield, en el lugar en el que el Norte, el Sur, el Este y el Oeste se unen, donde recordé la bondad esencial del pueblo estadounidense. Aquí llegué a la convicción de que a partir de esa bondad podremos construir un Estados Unidos más esperanzador.

Y por esa razón, hoy me presento ante ustedes para anunciarles mi candidatura a la presidencia de los Estados Unidos a la sombra del antiguo Capitolio del estado, donde Lincoln exhortó una vez a una casa dividida a unirse de nuevo y donde las esperanzas y los sueños compartidos aún perduran.



Barack Obama anuncia su candidatura a la presidencia en el antiguo Capitolio estatal de Springfield, Illinois, el 10 de febrero de 2007.

Reconozco que este anuncio implica cierta presunción, cierta audacia. Sé que no he pasado en Washington el tiempo necesario para aprender sus métodos, pero sí he estado ahí lo suficiente para saber que la forma en que Washington funciona debe cambiar.

El genio de los Fundadores de nuestra nación es que crearon un sistema de gobierno que se puede modificar. Y nos debe alentar el hecho de que ya antes hemos logrado cambiar al país. Cuando la tiranía nos oprimió, un grupo de patriotas puso de rodillas a un imperio. Ante la amenaza de la secesión, unificamos al país y dimos la libertad a los cautivos. Cuando la Depresión sobrevino, logramos que la gente volviera a tener trabajo y rescatamos de la pobreza a millones de personas. Recibimos inmigrantes en nuestras costas, prolongamos los ferrocarriles hacia el oeste, llevamos a un hombre a la Luna y escuchamos la exhortación de King a dejar que la justicia permeara como el agua y que la rectitud fluyera como un impetuoso torrente.

En todos esos casos, una nueva generación se ha puesto en acción y ha hecho lo que el país necesita. Hoy se hace un nuevo llamado y esta vez nuestra generación es la que debe responder a él.

Por eso tenemos una fe inquebrantable en que cuando el éxito parece imposible, la gente que ama a su país puede modificar la situación.

...

Todos sabemos cuáles son hoy esos desafíos: una guerra sin final, una dependencia del petróleo que amenaza nuestro futuro, escuelas donde demasiados niños no aprenden, y familias angustiadas porque la paga resulta insuficiente a pesar de que trabajan hasta el límite de sus fuerzas. Conocemos los desafíos.

Hemos oído acerca de ellos. Los hemos discutido desde hace años.

Lo que nos ha impedido atender esos desafíos no es la ausencia de políticas firmes y planes sensatos. Lo que nos lo impide es la falta de liderazgo; la pequeñez de nuestra política; la facilidad con que nos dejamos distraer por lo insignificante y lo trivial; nuestra renuencia crónica a tomar decisiones difíciles; nuestra tendencia a ganar puntos políticos fáciles en lugar de ponernos a trabajar para llegar a un consenso útil que nos permita atender los grandes problemas.

...

Es hora de volver la página. Ya hemos hecho algunos progresos. Pero a Washington le falta un largo camino por recorrer y eso no será fácil. Por eso tenemos que determinar las prioridades. Habrá que tomar decisiones difíciles. Y aunque el gobierno seguirá desempeñando un papel crucial para implementar los cambios que necesitamos, el dinero y los programas por sí solos no nos llevarán a donde es necesario ir. Cada uno de nosotros, en nuestra propia vida, tendrá que aceptar la responsabilidad de inculcar en nuestros hijos una ética de realizaciones, de adaptarnos a una economía más competitiva, de fortalecer nuestras comunidades y de sacrificarnos un poco junto con todos los demás.

Comencemos pues. Iniciemos juntos esta ardua tarea. Transformemos esta nación.

Que nuestra generación sea la que remodele nuestra economía para competir en la era digital. Establezcamos normas elevadas para nuestras escuelas y destinemos a ellas los recursos que necesitan para alcanzarlas. Reclutemos un ejército de maestros y ofrezcámosles mejores salarios y más apoyo a cambio de

que sean más responsables. Hagamos que la universidad sea económicamente más accesible, invirtamos en la investigación científica y hagamos llegar la [Internet de] banda ancha hasta el corazón de las zonas pobres y los poblados rurales de todo el país.

Y a medida que la economía cambie, seamos la generación que se asegura de que los trabajadores de esta nación compartan también nuestra prosperidad; protejamos las bien ganadas prestaciones que sus compañías les han prometido. Hagamos posible que los estadounidenses trabajadores ahorren para su retiro. Y dejemos que nuestros sindicatos y quienes los organizan eleven una vez más la situación de la clase media en este país.

Seamos la generación que acaba con la pobreza en Estados Unidos. Es preciso que todas las personas que estén dispuestas a trabajar tengan acceso a la capacitación laboral adecuada para que encuentren empleo y ganen un salario con el que puedan pagar sus gastos y el cuidado de sus hijos en un lugar seguro donde los atiendan bien mientras ellos trabajan. Hagamos esto pues.

Seamos la generación que resuelve por fin la crisis de nuestro servicio de salud. Podremos controlar los costos si nos concentramos en la prevención, en impartir mejores tratamientos a los enfermos crónicos y en usar tecnología para reducir el peso de la burocracia. Seamos la generación que ahora mismo y en este lugar declara que en Estados Unidos tendremos servicios de salud para todos cuando finalice el primer periodo del próximo presidente.

Seamos la generación que libera al fin a Estados Unidos de la tiranía del petróleo. Podemos utilizar combustibles alternativos

“Tenemos una fe inquebrantable en que cuando el éxito parece imposible, la gente que ama a su país puede modificar la situación”.

producidos en el país, como el etanol, por ejemplo, y fomentar la producción de vehículos con mejor rendimiento de combustible. Podemos instituir un sistema para limitar las emisiones de gases de invernadero. Podemos convertir esta crisis del calentamiento mundial en un momento de oportunidad para la innovación y la creación de empleos, y en un incentivo para las empresas que sirva de modelo a todo el mundo. Hagamos que las generaciones futuras se sientan orgullosas de lo que nuestra generación va a lograr.

Lo más importante es que debemos ser la generación que nunca olvida lo que ocurrió aquel día de septiembre [el 11 de septiembre de 2001] y enfrentemos a los terroristas con todas las fuerzas que tenemos a nuestro alcance. Podemos contener a los terroristas si trabajamos juntos para preparar cuerpos militares más fuertes; podemos estrechar la red para aislar sus finanzas y podemos mejorar la eficacia de nuestros servicios de inteligencia.

Pero también debemos entender que la victoria definitiva contra nuestros enemigos sólo será posible si reconstruimos nuestras alianzas y exportamos los ideales que llevan esperanza y oportunidades a millones de personas en todo el mundo.

Pero nada de eso será posible mientras no pongamos punto final a la guerra en Irak. Casi todos ustedes saben que me opuse a esa guerra desde el principio. Consideré que era un error trágico. Hoy nos afligimos por las familias que han perdido algún ser querido, por todos los sufrimientos ocasionados y por los jóvenes cuyas vidas fueron truncadas. Estadounidenses, ha llegado el momento de empezar a traer a nuestras tropas de regreso a casa. Hacer que los iraquíes se enteren de que no nos quedaremos allá indefinidamente es nuestra última y mejor esperanza de presionar a sunitas y chiitas para que inicien sus negociaciones y concierten la paz.

Por último, algo más que es resultado de esta guerra y que no es demasiado tarde para enmendar es la forma en que recibimos a nuestros veteranos, los hombres y mujeres que más se han sacrificado. Honrémoslos por su valor dándoles la atención que necesitan y reconstruyendo las fuerzas militares que ellos aman. Seamos nosotros la generación que pone en marcha esta tarea.

...

Por eso esta campaña no se puede limitar solamente a mi persona: debe ser un asunto de todos nosotros y de lo que podemos hacer juntos. Esta campaña debe ser la ocasión, el vehículo para realizar las esperanzas y los sueños de ustedes. En ella necesitaremos su tiempo, su energía y sus consejos para que nos impulsen cuando hagamos las cosas bien y nos informen cuando estemos equivocados. Los propósitos de esta campaña deben ser reivindicar

el significado de ciudadanía, restaurar nuestro sentido de propósito común y ayudarnos a comprender que pocos obstáculos pueden prevalecer cuando el poder de millones de voces nos exhorta al cambio.

Si actuamos solos, ese cambio no se producirá. Si estamos divididos, el fracaso será inevitable.

Pero la vida de un abogado alto y desgarbado de Springfield que se superó por su propio esfuerzo [Abraham Lincoln] nos enseña que es posible tener un futuro diferente.

Él nos dice que las palabras tienen poder.
Él nos dice que hay poder en las convicciones.

Que más allá de todas las diferencias de raza y de región, de credo y de condición social, somos un solo pueblo.
Él nos dice que en la esperanza hay poder.

Cuando Lincoln organizaba a las distintas fuerzas para combatir la esclavitud, alguien lo oyó decir: "Hemos reunido elementos extraños, discordantes e incluso hostiles de los cuatro puntos cardinales para formarlos y pelear junto a ellos en todas las batallas".

Ese es nuestro propósito aquí y ahora.

Por eso estoy participando en esta contienda.
No sólo para ocupar un cargo, sino para unirme con ustedes y transformar a una nación.



Barack Obama, quien ha admirado a Abraham Lincoln desde tiempo atrás, asiste a la ceremonia inaugural del Museo Presidencial Abraham Lincoln en Springfield, Illinois.

Deseo ganar esa batalla próxima en aras de la justicia y las oportunidades.

Quiero ganar esa batalla próxima para que haya mejores escuelas, mejores empleos y atención de la salud para todos.

Quiero que nosotros prosigamos la tarea inconclusa de perfeccionar nuestra unión y construir un Estados Unidos mejor.

Y si ustedes se unen conmigo en esta improbable búsqueda; si sienten que el destino los llama y ven un futuro de posibilidades sin fin que se extiende ante nosotros, como yo lo veo; si ustedes sienten, como lo siento yo, que este es el momento oportuno para sacudir nuestra indolencia, acallar nuestros temores y saldar la deuda que tenemos con las generaciones pasadas y futuras, entonces yo estoy dispuesto a luchar por la causa, marchar a su lado y trabajar con ustedes. A partir de hoy, completemos juntos el trabajo que es necesario realizar y demos comienzo a un nuevo nacimiento de la libertad en esta Tierra.



Barack Obama habla en la Convención Nacional Demócrata el 27 de julio de 2004.

La audacia de la esperanza

Discurso principal en la Convención Nacional Demócrata de 2004 en Boston, Massachusetts, el 27 de julio de 2004

En nombre del gran estado de Illinois, cruce de caminos de una nación, la tierra de Lincoln, permítanme expresar mi profunda gratitud por el privilegio de hablar en esta convención. Esta noche en particular representa un honor para mí porque, admitámoslo, mi presencia en este escenario era muy improbable. Mi padre fue un estudiante extranjero, nacido y criado en una pequeña aldea de Kenia. En su niñez fue pastor de cabras y asistió a la escuela en una choza con techo de hojalata. Su padre, mi abuelo, era cocinero, un sirviente doméstico.

Sin embargo, mi abuelo tenía sueños más altos para su hijo. Con arduo trabajo y perseverancia, mi padre ganó una beca para estudiar en un lugar mágico: Estados Unidos, un país que fue como un faro de libertad y de oportunidad para muchas personas que

vinieron antes que él. Cuando estudiaba aquí, mi padre conoció a mi madre. Ella nació en un poblado al otro lado del mundo, en Kansas. Su padre trabajó en pozos de petróleo y en granjas durante casi toda la Depresión. Al día siguiente del ataque a Pearl Harbor, él se alistó como recluta, sirvió en el ejército de Patton y avanzó por toda Europa. En la casa, mi abuela crió a su bebé y fue a trabajar a una línea de montaje de bombarderos. Después de la guerra, ambos estudiaron gracias al Proyecto de Ley del Soldado, compraron una casa por medio de la FHA y se trasladaron al oeste en busca de oportunidades.

Ellos tenían también grandes sueños para su hija, un sueño en común nacido de dos continentes. Mis padres compartían no sólo un amor improbable, sino también una profunda fe en las posibilidades de esta nación. Ellos eligieron para mí un nombre africano, Barack, es decir, "bendito", convencidos de que en un país tolerante como Estados Unidos el nombre no es un obstáculo para el éxito. Imaginaron que yo iría a las mejores escuelas aunque ellos no fueran ricos, porque en un país generoso como Estados Unidos no hace falta ser rico para desarrollar todo el potencial personal. Ambos ya han fallecido, pero sé que esta noche me están mirando con orgullo.

Aquí estoy ahora, agradecido por la diversidad de mi herencia y consciente de que los sueños de mis padres sobreviven en mis preciosas hijas. Aquí estoy, sabiendo que mi historia forma parte de la historia general de Estados Unidos, que estoy en deuda con todos los que vinieron antes que yo, y que una historia como la mía no sería posible en ningún otro país de la Tierra. Esta noche nos hemos reunido para exaltar la grandeza de nuestra nación,

pero no por lo elevado de nuestros rascacielos ni por el poder de nuestras fuerzas militares o las dimensiones de nuestra economía. Nuestro orgullo se basa en una premisa muy simple que se resume en una declaración expuesta hace 200 años: "Sostenemos que estas verdades son manifiestas, que todos los hombres han sido creados iguales y que fueron dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, como el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad".

Ese es el verdadero genio de Estados Unidos, la fe en los sueños sencillos de su gente, la insistencia en los milagros pequeños: Que podamos arropar a nuestros hijos por la noche sabiendo que están bien alimentados, que tienen ropa y que no corren peligro alguno. Que podamos decir lo que pensamos y escribir nuestros pensamientos sin que haya después llamadas amenazadoras a nuestra puerta. Que podamos tener una idea y crear nuestro propio negocio sin necesidad de pagar sobornos o contratar al hijo de algún personaje. Que podamos participar en el proceso político sin temor a represalias y que nuestros votos sean contados, al menos en la mayoría de los casos.

Este año, en esta elección, se nos ha llamado para reafirmar nuestros valores y compromisos, para defenderlos contra una dura realidad y ver si logramos estar a la altura del legado de nuestros antepasados y de la promesa que hemos hecho a las futuras generaciones. A todos mis compatriotas, demócratas, republicanos e independientes, les digo esta noche que debemos hacer más. Más por los trabajadores que conocí en Galesburg, Illinois, que están perdiendo su trabajo porque la planta de Maytag ha sido trasladada a México y ahora tienen que competir con

“Ese es el verdadero genio de Estados Unidos, la fe en los sueños sencillos de su gente, la insistencia en los milagros pequeños”.

sus propios hijos en la disputa por empleos en los que la paga es de siete dólares por hora. Debemos hacer más por el padre al que vi ahogado en llanto porque perdió su empleo y con él las prestaciones de salud con las que contaba para poder pagar los 4.500 dólares mensuales de las medicinas que su hijo necesita. Tenemos que hacer más por la joven del este de St. Louis —y por otros millares de personas como ella— que tiene buenas calificaciones, ímpetu y voluntad de estudiar, pero no cuenta con el dinero necesario para ir a la universidad.

No me interpreten mal. La gente que conocí en pequeños poblados y en grandes ciudades, en cafés y en complejos de oficinas, no espera que el gobierno le resuelva sus problemas. Sabe que tendrá que trabajar duro para salir adelante y está dispuesta a hacerlo. Vayan a los suburbios que rodean Chicago y las personas les dirán que no quieren que el dinero de sus impuestos sea dilapidado

por una agencia de previsión social o por el Pentágono. Vayan a cualquier barrio pobre y los vecinos les dirán que el gobierno por sí solo no puede hacer que sus hijos aprendan. Ellos saben que los padres tienen que ser padres y que los hijos no se superarán si no tienen expectativas más altas, apagan los televisores y destierran el pernicioso mito de que cuando un joven negro lee un libro está imitando a los blancos. No, las personas no esperan que el gobierno les resuelva todos sus problemas. Pero sí están convencidas, hasta la médula de sus huesos, de que con un cambio justo de prioridades nos podemos asegurar de que todos los niños del país tengan la posibilidad de llevar una vida decente y que las puertas de la oportunidad se abran para todos. Ellos saben que nosotros podemos hacer mejor las cosas y quieren apoyar esa opción.

...

Además de nuestro famoso individualismo, hay otro ingrediente en la epopeya de Estados Unidos: la convicción de que todos estamos vinculados como un solo pueblo. Si un niño del lado sur de Chicago no sabe leer, eso me incumbe a mí, aunque no sea mi hijo. Si en algún lugar del país una mujer de edad avanzada no puede comprar sus medicamentos porque tuvo que elegir entre pagar el alquiler de su casa o curarse, eso empobrece mi vida aunque esa persona no sea mi abuela. Si una familia estadounidense de origen árabe es aprehendida en una redada y no se le proporciona un abogado o un juicio imparcial, eso amenaza mis libertades civiles. Esa creencia fundamental de que yo soy el cuidador de mi hermano y de mi hermana es lo que hace funcionar a este país. Es lo que nos permite perseguir nuestros sueños individuales, pero también nos une como una sola familia estadounidense. *E pluribus unum*. De la pluralidad surge la unidad.

Y sin embargo, mientras yo les hablo hay quienes se aprestan a dividirnos, los maestros del engaño y los propagandistas de ideas subversivas, partidarios de la política de “todo recurso es válido”. Bien, a ellos les digo esta noche que no existe un Estados Unidos liberal y otro conservador, sino los Estados Unidos de América. No hay un Estados Unidos negro y otro blanco y latino estadounidense y asiático estadounidense, sino los Estados Unidos de América. ... Somos un solo pueblo; todos juramos lealtad a [la bandera de] las barras y las estrellas; todos defendemos a los Estados Unidos de América.

A fin de cuentas de eso se trata precisamente esta elección. ¿Vamos a participar en una política de escepticismo o en una política de esperanza? ... No hablo aquí de un optimismo ciego, de la ignorancia casi voluntaria de creer que el desempleo va a desaparecer si nos limitamos a no hablar de él, o que la crisis de la salud se resolverá por sí sola si la ignoramos. No, me refiero a algo más sustancial. Hablo de la esperanza de los esclavos sentados en torno de una fogata que cantan canciones de libertad; de la esperanza de los inmigrantes que emprenden un viaje a costas distantes; ... de la esperanza de un niño escuálido con un nombre extraño, que cree que Estados Unidos también tiene un lugar para él. ¡[Hablo de] la audacia de la esperanza!



Michelle Obama abraza a su esposo después del discurso que él pronunció en la Convención Nacional Demócrata el 27 de julio de 2004.



Barack Obama saluda a soldados estadounidenses en Kuwait el 18 de julio de 2008.

Graves consecuencias, sacrificios incalculables

*Comentarios contra la opción de hacer la guerra en Irak
Chicago, Illinois, 2 de octubre de 2002*

Comparezco ante ustedes como alguien que no se opone a la guerra en todos los casos. La Guerra Civil fue una de las más sangrientas de la historia y, sin embargo, sólo en el crisol de la espada, con el sacrificio de multitudes, pudimos empezar a perfeccionar esta unión y desterramos de nuestro suelo el azote de la esclavitud. Yo no me opongo a todas las guerras.

Mi abuelo se alistó para luchar en una guerra al día siguiente del bombardeo de Pearl Harbor y formó parte del ejército de Patton. Él vio los campos de Europa llenos de muertos y agonizantes; escuchó los relatos de sus compañeros de armas que entraron primero en Auschwitz y Treblinka. Él combatió en nombre de una mayor libertad como parte de ese arsenal de la democracia que

triunfó sobre el mal, y su lucha no fue en vano. Yo no me opongo a todas las guerras.

Después del 11 de septiembre, después de ver la matanza y la destrucción, las nubes de polvo y las lágrimas, apoyé la promesa de este gobierno de capturar y borrar del mapa a los que asesinan inocentes a causa de la intolerancia, y yo mismo estaría dispuesto a tomar las armas para impedir que esa tragedia se vuelva a presentar. Yo no me opongo a todas las guerras. Y sé que en la multitud reunida hoy aquí no escasean los patriotas ni el patriotismo.

A lo que me opongo es a una guerra tonta, a una guerra imprudente; a una guerra que no se basa en la razón, sino en la pasión; no en los principios, sino en la política. Permítanme decirlo con claridad: no me hago ilusiones acerca de Saddam Hussein. Es un hombre brutal, un hombre que masacra a su propio pueblo para mantenerse en el poder. ... Es un personaje malo. El mundo y el pueblo iraquí estarían mejor sin él.

Sé que una guerra contra Irak, aunque sea victoriosa, requerirá una ocupación estadounidense de ese país por tiempo indeterminado, a un costo indeterminado y con consecuencias indeterminadas. Sé que una invasión de Irak que no esté basada en razones claras y no cuente con un apoyo internacional firme sólo avivará las llamas en el Oriente Medio y no despertará los mejores impulsos del mundo árabe, sino exacerbará los peores y atraerá más reclutas a las fuerzas de Al Qaeda. Yo no me opongo a todas las guerras, me opongo a las guerras tontas.

...

“A lo que me opongo es a una guerra tonta, a una guerra imprudente; a una guerra que no se basa en la razón, sino en la pasión; no en los principios, sino en la política”.

Las consecuencias de la guerra son graves y los sacrificios que impone son incalculables. Tal vez en nuestras vidas tengamos ocasión de salir en defensa de nuestra libertad una vez más y de pagar el precio de la guerra. Pero no debemos lanzarnos ciegamente por esa senda infernal, y no lo haremos. Tampoco debemos permitir que quienes tendrían que combatir y hacer el sacrificio supremo, los que con su propia sangre demostrarían su devoción más cabal, hagan ese terrible sacrificio en vano.



El presidente Barack Obama pronuncia su discurso de toma de posesión en la fachada occidental del Capitolio de EE.UU. en Washington, DC, el 20 de enero de 2009.

Créditos de las fotografías

Portada y reverso de la contraportada, págs. 2, 7: ©/Ron Edmonds/AP Images. 15: ©Susan Walsh/AP Images. 16: ©2008 Getty Images. 22: Paul J. Richards/AFP/Getty Images. 31: Sebastian Willnow/AFP/Getty Images. 32: ©Alaa al-Marjani/AP Images. 49: ©Gurinder Osan/AP Images. 50: © Ramin Talaie/CORBIS. 61: ©Jim Cole/AP Images. 62: ©AP Images. 71: ©Chris Fitzgerald/Candidate Photos/The Image Works. 75: ©Seth Perlman/AP Images. 82: Paul J. Richards/AFP/Getty Images. 84: ©Laura Rauch/AP Images. 91: ©Ed Reinke/AP Images. 92: ©Sgt. del Ejército Brooks Fletcher, Ejército de EE.UU. HO/AP Images.

Director ejecutivo: George Clack

Editor principal: Michael Jay Friedman

Editor gerente: Raphael Calis

Investigación fotográfica: Maggie Johnson Sliker

Diseño: Tim Brown

Traducción: Ángel Carlos González Ruiz

Composición tipográfica: Leticia Fonseca Gallegos

Foto de la portada: El presidente Barack Obama se apresta a pronunciar su discurso de toma de posesión.

DISCURSOS SELECTOS

Texto completo del

Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 2009

Grandes fragmentos de

Comentarios en la noche de la elección
4 de noviembre de 2008

Comentarios en Berlín, Alemania
24 de julio de 2008

Una nueva estrategia para un mundo nuevo
15 de julio de 2008

El Estados Unidos que amamos
30 de junio de 2008

Una Unión más perfecta
18 de marzo de 2008

Anuncio de su candidatura a la presidencia
10 de febrero de 2007

Discurso principal en la Convención Nacional Demócrata
de 2004, 27 de julio de 2004

Comentarios contra la opción de hacer la guerra en Irak
2 de octubre de 2002

